

COLECCION

BAZOOKA



5

Ptas.

La fortaleza de
SINGAPORE

por H. ONSON

UNICO
PIRELLA

LA FORTALEZA DE SINGAPORE

NOVELA de
H. ONSON



RUTH
CARTER

ROGER DARCY

CARLOS AGUILAR

Ediciones



Cliper

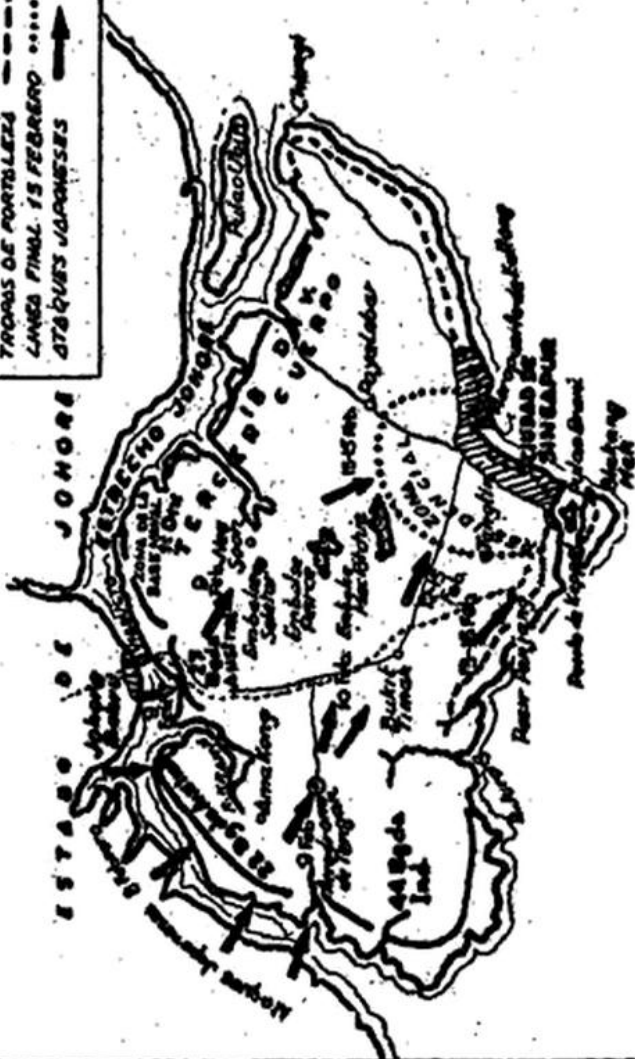
SIGNOS CONVENCIONALES

DISPOSITIVO BRITANICO 8 FEBRERO

THOMAS DE PORTALEZA

LINEA FINAL 13 FEBRERO

ATRQUEUS JAPONESES



LA FORTALEZA DE SINGAPORE



CAPÍTULO PRIMERO

RUTH

El lujoso automóvil paró sin la más levé sacudida. Un chófer uniformado descendió presuroso, corriendo a abrir la portezuela.

Molly Sanders descendió del vehículo. En su rostro agraciado, tal vez un tanto vulgar, se dibujaba una sonrisa cordial. Con pasos breves corrió hacia sus padres que la esperaban bajo el porche, besándoles cariñosamente y saludando, asimismo con afecto, a su hermano Roger que, un poco retrasado, sonreía a Molly.

Del coche descendió Ruth llevando en sus brazos al pequeño Dick. La feliz madre, lo tomó en los suyos, presentándolo a los abuelos que sonrieron satisfechos.

—Es ya un hombrecito —comentó míster Darcy, acariciando las suaves mejillas del niño.

—Es una preciosidad —confirmó su esposa, tendiendo sus manos en dirección al pequeño que, un tanto asustado, les contemplaba con sus grandes ojos pardos.

—¿No recuerdas a los abuelitos? —inquirió Molly.

Dick no contestó, limitándose a mover su cabecita, negando obstinadamente.

—¿No quieres ir con ellos? —insistió Molly.

—Yo quiero a Ruth —replicó el pequeño mientras buscaba con sus ojos a la institutriz.

La madre rió francamente, mientras comentaba:

—Tiene una verdadera devoción por Ruth. Creo, a veces, que la quiere más que a mí.

Los abuelos sonrieron a la joven Ruth. Les era grato constatar el

afecto que Dick sentía por ella.

Roger miró asimismo a la joven, que, un tanto separada, asistía al intercambio de saludos. La miró distraído, pero en cuanto sus ojos se posaron sobre la joven le fue muy difícil separarlos.

Y es que Ruth era sumamente atractiva. Muy joven aún, contaba escasamente diecinueve años, había alcanzado ya la plenitud de una belleza física sin tachas.

A primera vista ofrecía un aspecto encantador, pero cuando los ojos admirados reposaban largamente en la joven, nuevos encantos iban surgiendo hasta formar un conjunto hechicero y armónico.

En aquel momento vestía un sencillito traje blanco, Se líneas un tanto severas pero incapaz de ocultar la belleza de su cuerpo juvenil. Delgada y esbelta, sus movimientos tenían una gracia especial, alada y llena de una espontaneidad deliciosa.

Roger se hizo cargo de todas estas cualidades. Sus ojos grises bebieron el encanto de Ruth, la cual, consciente del examen a que el joven le sometía no pudo ocultar su turbación y el rubor tiñó sus mejillas, añadiendo un nuevo encanto a su bello rostro, enmarcado por un sedoso y abundante pelo castaño.

Sus ojos, llenos de inocencia, se posaron por un momento en los ojos del hombre, con mirada interrogativa.

Roger sonrió y, consciente de la turbación de Ruth, desvió su mirada aunque la imagen de la joven perduró en su retina y la luminosidad de sus grandes ojos oscuros, la suavidad de sus facciones, la belleza de sus labios y la cascada brillante de su pelo castaño siguieron representándose en su imaginación, vivamente impresionado por la belleza de Ruth.

Después de algunas observaciones y algunos cambios de impresiones la familia Darcy entró en la casa. Roger dirigió una última mirada a Ruth y penetró, a su vez, en el amplio «*hall*».

Era agradable —pensó— tener de nuevo a Molly entre ellos. Molly hacía tres años que se había casado con Jerry Sanders, un excelente abogado de Londres y, desde entonces, jamás habían tenido ocasión de pasar unos días juntos en aquella mansión señorial, propiedad de los Darcy desde hacía ya tres generaciones y que gozaba del privilegio de estar emplazada en el más bello rincón de Surrey.

Además venía con su madre el simpático Dick, aquel niño

delicioso a quien todos querían tanto y que, a no dudar, se adueñaría del corazón de todos cuantos habitaban en White Manor.

Roger, sentado en un cómodo sillón, sonrió al darse cuenta de que, además, se alegraba en gran manera de la llegada de Molly por otro motivo. Y este motivo se llamaba Ruth Cáter.

Empezaba a oscurecer. El sol se había puesto hacía breves momentos y el cielo guardaba aún su rastro de fuego, tiñendo de escarlata las sutiles nubecillas.

Roger, sentado en la terraza, dejó a un lado la revista que había estado leyendo y encendió un cigarrillo, recostándose cómodamente en el sillón de mimbre. Sus pensamientos volaron. Evocó los acontecimientos del día y sin darse cuenta se encontró pensando en Ruth. Sacudió la cabeza como rechazando sus pensamientos y lanzó el cigarrillo que describió una parábola luminosa en el aire, estallando en chispas al tocar al suelo.

Unas suaves notas llegaron a sus oídos. Alguien estaba tocando el piano. Roger aguzó su oído y se dispuso a escuchar. Tras un breve preludio una voz dulce y suave empezó a cantar. En aquella voz maravillosa vibraban un sinfín de emociones y cada nota era debidamente matizada.

Roger escuchó atentamente y, de pronto, se levantó, entrando en la casa y dirigiéndose al salón.

Al lado de la ventana, destacando sobre su luminosidad gris, sentada frente al piano, estaba Ruth. Roger, sin osar respirar, la contempló en silencio. Las blancas manos de la joven parecían volar por encima del teclado, llenas de vida y armonía, mientras cantaba la bella melodía que había llamado la atención del joven.

Cuando terminó y sus dedos pulsaron las teclas en el acorde final, Roger, suavemente, aplaudió.

Ruth se sobresaltó. Se puso en pie, bruscamente, como iniciando un instintivo movimiento de fuga, deteniéndose empero ante las palabras del joven.

—La he asustado. Créame, lo lamento enormemente.

—Es que no creía que nadie me escuchara.

—La he oído y no sabe usted cuánto me ha placido escuchar su inspirada canción. ¡Es maravillosa!

Ruth sonrió ante las alabanzas de Roger. Sus ojos brillaron de alegría e ingenuamente preguntó:

—¿Es de verdad que le ha gustado?

—¡Enormemente!

En el acento de Roger vibraba tal veracidad que Ruth comprendió que no se trataba de una galantería. Por ello cuando el joven le instó a que volviera a cantar no se hizo rogar y, sentándose de nuevo, entonó con su voz melódica la canción que tanto gustara a aquél.

Mientras cantaba sonreía a Roger, el cual a su vez, mantenía sus ojos en el rostro de Ruth, deseoso de captar todos los matices de su interpretación.

Cuando terminó estuvieron ambos unos momentos sin pronunciar palabra. Roger sintió que nacía en su pecho un nuevo sentimiento, algo indefinible y Ruth se sintió profundamente conmovida por la expresión del rostro del hombre, no pudiendo evitar que su corazón latiera apresuradamente.

—Tiene usted una voz deliciosa. —Roger rompió el silencio.

—No me halague usted. Sería capaz de creerle —rió Ruth.

—Es que debe usted creerlo porque es la verdad.

Ruth no replicó. Por unos momentos el silencio volvió a adueñarse de la habitación. Finalmente, Roger habló:

—¿Le gusta White Manor?

—Sí. Es una casa preciosa edificada en un lugar delicioso.

Roger sonrió satisfecho, al replicar:

—Es lo que a mí más me place. Aquí la naturaleza es maravillosa. Es, según mi parecer, el más bello paraje de Inglaterra. Todo es puro, todo es sano. Uno olvida la existencia de las enormes ciudades llenas de ruidos y de humo, verdaderos centros de confusión y el influjo apaciguador de una naturaleza esplendente sirve de excelente sedante para los nervios excitados. —Roger hablaba entusiasmado, brillantes los ojos—. Yo le mostraré las enormes bellezas de estos contornos. Daremos largos paseos y en cada uno de ellos podremos admirar nuevos aspectos de un delicioso paisaje.

Ruth le miró un tanto sorprendida. El entusiasmo del joven era, hasta cierto punto, explicable, pero la clara invitación que había en las últimas palabras le llenaba de turbación. Así es que, haciendo caso omiso de ellas, hábilmente encaminó la conversación por otros derroteros.

—¿Vive usted siempre aquí?

—Desgraciadamente, no. Paso más tiempo en Londres que en White Manor. Ahora estoy aquí y no sé, a ciencia cierta, cuánto tiempo podré permanecer. He ingresado en el «Civil Service» y estoy pendiente de destino. Tanto puedo tener que partir mañana mismo hacia cualquiera de las colonias como permanecer sin destino algunos meses más. Yo, la verdad sea dicha —insinuó Roger—, hasta esta mañana deseaba que mi destino no se hiciera esperar, pero, desde entonces, ha ocurrido algo que me ha hecho variar de parecer... Ahora, deseo, de todo corazón, que tarden en reclamarme. ¿Adivina por qué?

Ruth se ruborizó intensamente, comprendiendo la insinuación de Roger y sin contestarle sus dedos se posaron sobre las blancas teclas del piano, preludiando una nueva melodía.

CAPÍTULO II

VIDA CAMPESTRE

La pelota botó en la rojiza pista e impulsada por un raro efecto inició una engañosa trayectoria.

Ruth, corriendo velozmente, intentó devolverla, pero su raqueta azotó el aire, sin encontrar su blanco.

—¡Otra vez! —murmuró la joven riendo—. Parece que esta pelota tenga vida propia.

Roger sonrió satisfecho desde el otro lado de la red. Le gustaba contemplar a Ruth, arreboladas las mejillas, jadeando levemente por la boca entreabierta, mientras hacía un mohín de enfado al ver que la habilidad de él era mayor que la de ella.

—Y la tiene, Ruth. Todo consiste en sabérsela dar. ¡Juguemos!

Ruth recogió la pelota y, con un gracioso movimiento, efectuó el saque.

Roger devolvió sin dificultad con un tiro raso que pasó rozando la red, pero que fue devuelto hábilmente por Ruth, con un fuerte disparo que obligó a Roger a dar una verdadera carrera para interceptar la trayectoria de la pelota y a golpearla en falsa posición, con lo cual fue a rebotar, cayendo inerte junto a la red tendida.

—¡Falta! —gritó Ruth alegremente—. Ventaja mía.

Roger sonrió mientras con la mano lanzaba la pelota a la muchacha para que pudiera sacar nuevamente. Así lo hizo Ruth y, después de unos minutos de paloteo, fue Roger el que incurrió de nuevo en falta ganando, por tanto, la partida la joven.

Roger se acercó a ella, rodeando la red, con la mano tendida, en

ademán de felicitación.

Llegó junto a ella y sus manos se estrecharon mientras Roger decía:

—Bien, me has ganado, picaruela. Siempre me haces la misma jugarreta, cuando te quejas de que mis pelotas van cargadas de malas intenciones cuando me vences. No pienso jugar nunca más contigo.

Ruth sonrió mientras empezaba a andar hacia la casa.

—Lo que puedes decir es que, nuevamente, tu caballerosidad te ha obligado a dejarte vencer. ¿No es eso?

—¡Oh, no! —repuso Roger—. Yo jamás me dejo vencer por voluntad. Pongo en el tenis toda mi ciencia, pero, si encuentro delante unos ojos que me deslumbran, la pelota pasa por mi lado sin que pueda verla.

—Ya —cortó Ruth—, comprendido. No hace falta que insistas. Tengo mucha sed, ¿vamos a beber un refresco?

—Lo que tú quieras, Ruth, ya sabes que...

—... tú no tienes otra voluntad que la mía. Sí, ya lo sé. Me lo has dicho en multitud de ocasiones.

Roger se encogió de hombros. Le desconcertaban siempre las palabras de la joven. Cortaba, sistemáticamente, cualquier intento de aproximación que él intentara. En los días que convivían había conseguido intimar con ella, pero sólo hasta donde ella quiso, Roger se torturaba procurando adivinar los pensamientos de ella. La impresión que le causara a su llegada a White Manor había perdurado y el joven comprendía que, de una manera sensible, se había ido enamorando de la joven, hasta llegar al extremo de serle muy difícil permanecer alejado de ella. A pesar de ello, todas cuantas veces había intentado llevar la conversación hacia el tema que le torturaba, ella había sabido desconcertarle con sus respuestas un tanto burlonas y siempre rezumantes de una ironía finísima que acababan de desconcertarle, haciéndole comprender que no conseguía ni el más ligero avance en el corazón de Ruth o que, cuando menos, ella no quería darse por aludida.

Llegaron a la terraza y James, el viejo criado, les sirvió unos refrescos, guiñando significativamente el ojo a Roger. Éste sonrió al buen servidor, cómplice de todas sus travesuras de juventud y que, con su natural perspicacia, había comprendido cuáles eran los

sentimientos de su joven señor con respecto a la bella institutriz.

Mientras sorbía la limonada, Ruth miraba con ojos semi cerrados la figura apuesta de Roger que, enfrascado en sus pensamientos, tenía la vista fija en la lejanía.

Roger era un hombre recio. Sus hombros anchos sostenían a una cabeza de enérgico modelado. Pelo castaño, algo ondulado, peinado hacia atrás y frente despejada en la que, en aquel momento, se dibujaban unas leves arruguitas, exponente de su preocupación. Sus ojos grises denotaban la firmeza indómita de su carácter y hacían comprender que tras aquellas pupilas se ocultaba una voluntad férrea. La nariz era recta, un tanto agresiva y tal vez demasiado larga y sus labios, fuertemente cerrados, daban a su boca un rictus un tanto amargo pero sumamente atractivo. La piel bronceada por el sol, gracias a una sana vida al aire libre y una estatura algo superior a la normal completaban su figura. No era, ciertamente, lo que las mujeres llamarían un hombre guapo, pero todas coincidían en que era muy agradable y atractivo.

Bruscamente salió de su ensimismamiento y posó sus ojos en los de Ruth, que se sintió sorprendida en su examen.

Roger la miró largamente, sin pronunciar palabra, pero había tal elocuencia en sus pupilas que la muchacha que no pudo menos que estremecerse al leer el apasionado mensaje de amor, bajando la cabeza un tanto confusa.

—¿Por qué no sigues mirándome? —inquirió él, con vez acariciadora—. Me gusta que me mires de la misma manera que me gusta mirarte.

—Debo irme —replicó ella levantándose—. Seguramente Dick ya habrá regresado de su paseo con las señoras.

—No busques pretextos para huir de mí. Sabes tan bien como yo que para llegar a casa tienen que pasar precisamente por aquí y que les habríamos visto.

—A pesar de todo debo irme. Tengo que preparar...

—¡Ruth! —Roger pronunció el nombre de ella con tanta devoción que la muchacha no tuvo tiempo de ocultar sus emociones y por un momento olvidó su guardia.

—¿Qué? —En la voz de ella vibraba un deje de esperanza y de afecto que Roger sorprendió.

—¿Por qué me rehúyes? ¿Acaso te ofenden mis atenciones? Si es

así...

—No, Roger. No me ofenden tus atenciones, al contrario, me halagan pero...

—¿Pero qué? —inquirió apremiante el joven.

—Nada.

Ruth inició su marcha y Roger, incapaz de permanecer en actitud pasiva, se levantó de su asiento reteniendo suavemente a la joven por el brazo, mientras mirándola con fijeza, le decía:

—No, Ruth. No te irás sin decirme lo que has iniciado. Es preciso que yo sepa la razón de tus dudas.

—Por favor, Roger. No me hagas hablar...

—Te quiero, nena. Te quiero con toda mi alma —la voz de Roger sonaba ronca al pronunciar estas palabras.

Ruth se desasió de la mano de Roger y echó a correr hacia la casa, mientras sollozaba:

—Esto es precisamente lo que temía.

Roger permaneció unos momentos quieto. De una manera automática encendió un cigarrillo y luego, con pasos lentos, se dirigió a su vez a la casa.

Efectivamente, como muy bien había dicho Roger, su madre y su hermana, con el pequeño Dick, debían pasar por allí al regreso de su paseo.

Ambas mujeres, desde cierta distancia, habían presenciado la escena entre Ruth y Roger, con la consiguiente sorpresa. Fue la madre la que hizo el primer comentario.

—¿Te has dado cuenta, Molly?

—Sí, mamá.

—Ya me parecía a mí que habían intimado demasiado. No tengo ningún motivo de queja contra Ruth; pero, he de ser franca, no me gusta el cariz que toman las cosas.

—Ruth es una excelente institutriz y una buena chica.

—Lo sé, Molly, pero es muy bella y Roger es un joven muy impresionable. A pesar de sus veintitrés años es un niño aún y no me gustaría que se comprometiera con ninguna mujer. Podría poner en peligro su carrera y, por qué no decirlo, caso de que se enamorara debería buscar una mujer de su clase, y no poner los ojos en una institutriz por buena y bella que ésta fuese.

—Tienes razón, mamá.

—Bueno —suspiró *mistress* Darcy—. Esperemos que nada ocurrirá. Si no... siempre encontraríamos algún pretexto.

—Claro que sí, mamá. Además no creo que Roger busque otra cosa que una pequeña distracción.

—Ojalá no te equivoques, hija —terminó *mistress* Darcy y ambas mujeres, con Dick, acabaron de llegar a la casa.

CAPÍTULO III

RECELOS

El día había sido bochornoso, pero al ponerse el sol una agradable brisa, procedente del Norte, había refrescado agradablemente el ambiente.

Las ventanas de White Manor permanecían abiertas para que se refrescaran las grandes habitaciones, recalentadas por el sol.

Ruth salió al parque, deseosa de respirar la agradable brisa. Sin prisas se encaminó hacia el pequeño estanque artificial, sentándose frente al agua, en un rústico banco de piedra.

La superficie del lago estaba levemente rizada y las luces de White Manor se reflejaban en el agua, moviéndose temblorosas. Un silencio absoluto invitaba a descansar y Ruth, disfrutando de la paz de aquel momento, rememoró los acontecimientos de aquella jornada que finía. Hasta entonces no había querido considerar las palabras apasionadas de Roger. Había cumplido sus tareas sin querer pensar en nada que pudiera turbarla, rechazando, con su energía habitual, la imagen del joven que pugnaba por adueñarse de su mente. Y era ahora, en la quietud de aquella noche idílica, que se entregaba de lleno a sus pensamientos, rememorando con vividez las escenas del día, y oyendo, nuevamente, las apasionadas palabras de Roger que habían llegado hasta lo profundo de su corazón.

Si había de ser franca consigo misma no debía sorprenderle la declaración de amor del joven. En los días que llevaba en White Manor había podido comprobar la gradual evolución de los sentimientos de Roger y por eso, consciente del abismo que les

separaba, había procurado, por todos los medios a su alcance cortar cuantas conversaciones pudieran llevar al inevitable fin. Había, empero, sido en vano su empeño. Roger, con su ímpetu característico, había saltado cuantas vallas había puesto ella en su camino y había pronunciado unas palabras que aun resonaban en sus oídos haciéndola estremecer de alegría.

Y es que ella amaba a Roger. Ignoraba cómo había surgido aquel sentimiento. Nunca quiso enamorarse de él sino que se esforzó en rechazar cuantos pensamientos que en este sentido torturaban su mente. Sin embargo, algo superior a sus fuerzas le había dominado todos sus sentimientos y al fin tuvo que ceder ante la evidencia. Por ello, cuando Roger le había confesado su afecto, una alegría inmensa invadió su corazón, aunque, después, al meditar tranquilamente llegó a la conclusión de que sería mucho mayor su agonía al tener que rechazarle. Y es que Ruth era realista y comprendía con claridad que una boda entre ella y Roger era algo en que se podía siquiera soñar.

El hilo de los pensamientos de Ruth fue interrumpido por el rumor de unos pasos en la fina grava. Sobresaltada escuchó atentamente. De la casa llegaba el rumor de una música suave, cadenciosa y el crujir de la arena, cada vez más cercano, indicaba que fuera quien fuese el paseante se acercaba a ella rápidamente.

Al fin se atrevió a levantar la cabeza y vio, escasamente a diez metros, a Roger.

Por un momento ambos permanecieron en silencio, observándose. Luego Roger siguió aproximándose sin separar sus ojos de los de Ruth. Ésta sentía un estremecimiento a cada paso que él daba. Comprendía que Roger venía a saber su contestación, una respuesta que ella no podía darle, sin mentir, ya que haberle confesado la realidad hubiera sido a todas luces peor.

Roger llegó a su lado. Sin pronunciar palabra se sentó a su lado y tomó la suave mano de Ruth entre las suyas. Y entonces venció el amor. Ella olvidó todas las prevenciones y se acurrucó entre los brazos del hombre. Éste, con los ojos brillantes, acarició los dedos de la muchacha y, en un susurro habló a su oído.

—Te quiero, nena. No me cansaré jamás de repetírtelo. Es algo superior a mí mismo y necesito decirte continuamente que te adoro, de la misma manera que sé que tú me quieres a mí. ¿Me equivoco?

Ruth se estremeció una vez más. Cerró los labios decidida a no replicar, pero, luego ella misma quedó sorprendida al oír su propia voz replicando dulcemente:

—Sí, Roger, te quiero.

El hombre la besó reverente. Fue un beso casto, exponente de un amor intenso, sin sensualidad.

Ruth se separó de Roger y en sus ojos brillaron unas lágrimas.

—¿Por qué lloras, Ruth?

Las palabras de Roger penetraron por los oídos de Ruth y acentuaron su pesar. Sólo con mucha insistencia consiguió él que la muchacha le expusiera el motivo de sus lágrimas. Cuando lo hizo su voz era fría y cada palabra era meditada antes de salir de sus labios.

—Estoy apenada por haber llegado a este extremo. Jamás debería haberte escuchado y mucho menos haberte confesado mi amor. Todo era preferible a ello. Sabe Dios que me he esforzado en mantenerte, a distancia, comprendiendo tus sentimientos y contravieniendo las inclinaciones de mi corazón. Todo, sin embargo, ha sido inútil. En un momento de flaqueza te he dicho lo que jamás debería haber dicho y ahora nuestra tortura será mayor y mucho más difícil de olvidar.

—¿Pero por qué tenemos que olvidar? ¿Por qué no podemos querernos? Explícame, por favor, tus temores. No me mantengas en esta expectación. Habla, Ruth, que ya me encargaré yo, luego, de deshacer tus prevenciones.

Roger hablaba apasionadamente aunque la inquietud hacia presa en su corazón. Un vago instinto le indicaba cuál sería la respuesta de Ruth y la temía.

Por ello no se extrañó al oír sus palabras.

—¿Es que no comprendes que nuestro amor es imposible? ¿Puedes concebir que el heredero de White Manor, el único hijo de *sir* Thomas Darcy pueda desposarse con una institutriz, una oscura joven que tiene que ganarse la vida trabajando?

—¿Es acaso algo vergonzoso? —inquirió Roger con indignación.

—No, al contrario. El trabajo dignifica y yo siempre llevaré la cabeza bien alta, pero Roger, compréndelo, no podemos soñar. Es preciso que consideremos la situación con ojos realistas. Nuestra unión es imposible, tu familia se negará a ella porque así debe hacerlo. Para ellos Ruth Cáster es muy poca cosa, es una oscura

sirvienta, una institutriz asalariada, buena chica si quieres, pero indigna de compartir el apellido Darcy.

Roger escuchó atentamente las palabras de Ruth y, muy a pesar suyo, tuvo que reconocer, en su interior, que estaban llenas de razón. No se tomó siquiera la molestia de negarlas. Se limitó a afirmar su amor y a manifestar que nada ni nadie podría separarles.

Su voz sonaba convincente y Ruth sintió que en su corazón se abría una ligera esperanza.

—Yo sabré convencer a mis padres de que nos queremos. Les diré la verdad y tendrán que escucharme. Les haré comprender que nuestro amor es inmenso, que tú, a pesar de tu humildad, posees todas las cualidades precisas para hacer feliz a un hombre. No te ocupes, Ruth —terminó Roger—, he de conseguir que te acepten por tus propios merecimientos.

—Es demasiado bello para ser cierto —replicó Ruth, a pesar de que sus pupilas brillaban esperanzadas.

—Debes tener fe en mí. Yo conseguiré lo que parece imposible.

—Dios te oiga, Roger.

—Me oirá. Nuestra causa es una causa justa y como a tal voy a defenderla. Y si, a pesar de mis argumentos se empeñan en negarte tu entrada en el seno de los Darcy, yo sabré demostrarles que tengo mi orgullo y sabré pasar por encima de todas sus negativas.

—No, Roger. Eso nunca. No debe cegarte tu amor. Si tu familia no quiere aceptarme, tú debes procurar olvidar. Jamás me perdonaría de ser la causa de un rompimiento y, enténdelo bien, antes renunciaría a tu amor que toleraría que hicieras caso omiso de la voluntad de tus padres.

—Eso es algo que discutiremos si llega el caso —replicó Roger algo molesto—. Es inútil hacer cábalas sin antes saber a qué atenernos. Te quiero y eso me basta como a ti debe bastarte el quererme a mí. Mañana hablaré con papá y veremos cómo reacciona; mientras, olvidémoslo todo excepto que hoy es el día más glorioso de nuestra existencia, el día en que nos hemos encontrado el uno al otro. Por ahora con esto nos basta. Mañana... ¡Ya veremos lo que ocurre mañana!

Ella no replicó. Roger la cogió suavemente del brazo, y emprendieron un largo paseo por el jardín, bajo la apacible luz de la luna. Formaban una deliciosa pareja a pesar de ir tan

disparadamente vestidos.

En efecto, Roger vestía aún el «*smoking*» que se pusiera para la cena y Ruth iba ataviada con el sencillo y gracioso traje blanco de institutriz.

Durante su paseo, según los deseos de Roger, olvidaron por completo el mañana viviendo felices las horas de un presente venturoso.

CAPÍTULO IV

REUNIÓN TEMPESTUOSA

Cuando la familia Darcy terminó de comer, *sir* Thomas, según su costumbre, pasó al fumador, a leer el «Times», mientras saboreaba una taza de aromático café.

Roger, algo nervioso acudió a su lado, mientras su madre y Molly seguían en el comedor, charlando de mil asuntos sin importancia.

Roger se sentó junto a su padre. Mecánicamente agarró una de las revistas y fingió enfrascarse en su lectura, mientras observaba a su padre, ansioso de comprender su estado de ánimo.

Sir Thomas, inconsciente al examen a que le sometía su hijo, prosiguió su lectura, sorbiendo de cuando en cuando un poco de café. Al fin, con un suspiro de satisfacción, dejó el periódico sobre la mesita y sacándose las gafas con parsimonia, se recostó en el sillón, encendiendo seguidamente un cigarrillo.

—Afortunadamente —dijo con su voz grave— parece que se aleja la guerra. Por unos días parecía que todo iba a estallar, pero al menos por ahora, ha desaparecido el peligro. La bolsa se muestra más optimista y las acciones del «West Railway» han subido seis enteros, después de tres semanas de permanecer cotizándose a la baja.

Roger asintió distraído. En aquellos momentos, absorto en sus preocupaciones, le importaban muy poco las fluctuaciones de la bolsa. Estaba deseoso de hablar de Ruth, pero no sabía cómo empezar, temeroso de la reacción de su padre.

Éste, indiferente a los temores de su hijo, siguió exponiendo sus

pensamientos.

—Si las «Wallace Electric» se mantienen en el mismo cambio durante unos días más habré realizado un buen negocio y habré ganado un buen puñado de libras. ¿Qué te parece a ti? ¿Aguantarán?

Roger, directamente interpelado, volvió a la realidad.

—¿Cómo? Ah, sí; claro que aguantarán.

Sir Thomas le fulminó con una mirada. A pesar de sus años, ya que contaba sesenta y dos, toda su figura dimanaba energía y su potente tórax denotaba su afición al deporte. Sus ojos grises, iguales a los de Roger, examinaron a éste fríamente y al fin comentó:

—Tengo la sensación de que no me escuchas, ¿no es así?

—Sí, papá, te escucho; pero es que... debo decirte algo muy importante.

Sir Thomas frunció el ceño, alertado por el tono de voz de Roger, a todas luces exponente de una gran excitación.

—¿Qué te ocurre? Habla.

—Estoy enamorado y quiero casarme.

Roger dijo estas palabras sin respirar. Sabía que en cuanto las pronunciara ya no podría volverse atrás, y por ello decidió plantear, desde el primer momento, el asunto con toda claridad.

Sir Thomas miró a su hijo, un tanto extrañado.

—¿Sí?

—Sí, papá.

—¿No eres muy joven aún?

—No lo sé. Es posible, pero estoy enamorado.

—¿Quién es ella?

Al fin se había formulado la terrible pregunta. Roger vaciló un momento, pero cuando habló su voz rezumaba decisión.

—Ruth Cárter.

Sir Thomas oyó, indiferente, el nombre de su presunta nuera. Aquel apellido no representaba nada para él. Así es que tuvo que preguntar, deseoso de aclarar la identidad de la muchacha:

—¿Y quién es esta señorita?

—La institutriz de Molly.

La cara de *sir Thomas* reflejó el inmenso asombro que le causaban las palabras de su hijo. Sus ojos se abrieron extremadamente mientras sus cejas se enarcaban interrogantes.

Luego, viendo la expresión severa del rostro de Roger, se inclinó y pulsó el timbre. A los pocos segundos apareció el criado que se mantuvo en expectante actitud.

—Diga a la señora que haga el favor de venir.

Una vez el criado se alejó a cumplimentar la orden, *sir Thomas*, dirigiéndose a su hijo murmuró:

—Es algo ridículo lo que dices, Roger. Sin embargo, creo que es mejor que hablemos de ello con tu madre.

Roger asintió en silencio, mientras en sus ojos se reafirmaba la luz de su decisión.

Mistress Darcy acudió rápidamente. Su marido le hizo seña de que se sentara y, sin preámbulo alguno, dijo secamente:

—Roger dice que quiere casarse con la institutriz ésa, Ruth, creo que se llama.

La madre miró a su hijo fijamente, mientras replicaba:

—Es lo que me temía. Ha conseguido cazarte.

Roger fue a protestar, pero su madre le interrumpió:

—Es algo increíble —dijo— que te hayas dejado convencer y no hayas sabido reflexionar que tal boda es imposible. Si la muchacha te gusta, debo reconocer que es bonita, podías aprovechar su estancia aquí para gozar de su compañía, pero nunca debías enamorarte de ella.

Roger palideció al oír las palabras de su madre, mientras preguntaba, procurando contener su ira:

—Así, según tus palabras, debo considerar que tú no concibes que un hombre pueda enamorarse.

—¡Un hombre! —se burló la madre—. Eres un niño aun, hijo mío, un niño que se ha dejado influenciar por los primeros ojos bonitos que le han mirado con ternura.

—Eso es —asintió *sir Thomas*, calurosamente.

—No, no es así —interrumpió bruscamente Roger—. Soy libre de enamorarme de una mujer y esta mujer es digna de mi amor.

—¿Quién lo duda, hijo mío? Ruth será una excelente muchacha, pero de esto a que pueda ser la esposa de un Darcy media un abismo.

—¡Claro! —replicó Roger amargamente—. El orgullo de los Darcy, el prestigio de un nombre. ¿Acaso los Darcy no somos seres humanos? ¿No podemos sentir como los demás hombres? Es preciso

que aclaremos esto de una vez. Quiero a Ruth y ella me quiere a mí y os pido vuestra autorización para que, cuando llegue el momento, pueda desposarme, con ella.

Sir Thomas se movió inquieto. En el fondo admiraba la bravura de su hijo, pero comprendía las razones de su esposa.

Era mucha la diferencia de categoría social que separaba a ambos jóvenes y eran muy rígidas las costumbres británicas en este aspecto.

—No, hijo, ni soñarlo —era *mistress* Darcy quien hablaba—. No podemos darte nuestro consentimiento. Debes esforzarte en comprender nuestro punto de vista y hacerte cargo de que un matrimonio así destrozaría tu vida cuando, pasado el primer embelesamiento, te dieras cuenta de que tu mujer no...

—¿Es vuestra última palabra? ¿Tú también opinas así, papá?

—Verás, Roger. Tu madre tiene razón porque las costumbres...

—Sí, ya sé cuáles son las costumbres de la aristocracia británica. Niegan el derecho a amar. Hay que buscar a la esposa dentro de la propia esfera social —una amargura infinita vibraba en las palabras de Roger—. Un hombre no puede escoger a otra mujer que la que cuadre a su rango. De acuerdo. No hablemos más. Mañana os pediré, nuevamente, vuestro consentimiento. Si me lo dais me casaré con. Ruth, si no me lo dais, también.

Roger abandonó la habitación sin pronunciar ninguna otra palabra.

Cuando Roger se encontró con Ruth, ésta adivinó lo ocurrido. Sin decir palabra rompió a llorar dulcemente, sin ruido.

Roger, airado, la cogió entre sus brazos, mientras le decía:

—No se ha perdido todo aun, Ruth. Lucharé por ti.

—No me engañes ni quieras engañarte a ti mismo. Sabes, mejor que yo, que no conseguirás torcer la voluntad de tus padres.

—Lo lograré, Ruth. Te aseguro que lo lograré. Te quiero y no renunciaré jamás a ti.

—No, Roger —replicó con entereza la joven—. Ya sabes qué es lo que te dije: por mi culpa no quiero que te disgustes con tus padres. Eres un Darcy y debes permanecer fiel a tu familia. Yo me iré, me alejaré de ti y procuraré olvidarte. Haz tú lo mismo y que de nuestro amor quede, solamente, un agradable recuerdo, algo así como un sueño feliz que se desvanece al despertar.

—No me hables así, te lo ruego —interrumpió Roger—. No quiero pensar ni un momento que tengo que renunciar a ti. Antes renunciaría a todo cuanto tengo y es que tú —terminó sencillamente— lo eres todo para mí. Mañana hablaré con mis padres nuevamente y, con certeza, sabremos a qué atenernos.

—Es inútil, Roger. Tus padres jamás accederán a nuestra boda.

—Esto es lo que falta ver —terminó Roger tercamente.

CAPÍTULO V

EXIGENCIAS DEL SERVICIO

Al día siguiente Molly mandó a Ruth a Londres. Según le explicó debía realizar en la capital algunas diligencias dedicadas y no pudiéndose desplazar ella era preciso que lo hiciera la institutriz.

Ruth obedeció y en el primer tren marchó a la ciudad, a pesar de que un vago presentimiento le indicaba que su ida a Londres era justificada por algo más que lo que su señora había indicado.

Roger despertó más tarde que de costumbre. Había pasado una mala noche, preocupado por los acontecimientos del día y cuando, ya de madrugada, consiguió dormirse, su sueño fue inquieto, lleno de pesadillas.

Cuando bajó a desayunar, James le entregó un telegrama.

—Acaba de llegar, señor. Lo ha traído un mensajero especial y ha manifestado que era urgente.

Roger temó el telegrama. Su nombre figuraba en la parte superior del impreso. Rasgó, impaciente, el sobrecito y sus ojos recorrieron rápidamente las letras mayúsculas que formaban el texto. Éste era bien escueto, pero de una gran claridad:

«Persónese inmediatamente en el Ministerio. *Stop*.
CE.».

Roger comprendió que se trataba de algo extremadamente urgente y, sin perder tiempo, acabó de desayunar apresuradamente, y tomando el automóvil emprendió veloz carrera a Londres.

Le recibió el primer secretario del Ministerio de Colonias.

Sonrió, afectuosamente al joven Roger y, sin andarse por las ramas, expúsole el motivo de la urgente llamada.

—Se ha producido una baja en Calcuta y usted ha sido designado para cubrirla. La delicada situación internacional exige que la vacante se cubra con la máxima rapidez. Por ello, le ruego que, hoy sin falta, parta para la India. Todo está ya dispuesto. Tiene reservada una plaza en el avión que sale dentro de dos horas y es preciso que lo tome. Comprendo que es muy repentina esta orden de destino y anormal esta premura, pero tenga en cuenta que las circunstancias son también anormales.

—Pero —intervino Roger— debo preparar mi equipaje. No puedo marchar con lo que llevo puesto, he de hacer algunas gestiones privadas.

—Sé que sus razones son poderosas y que tiene usted toda la razón. Sin embargo no me queda otro remedio que hacerle salir hoy. Su equipaje puede seguirle posteriormente y, en cuanto a lo más imprescindible, puede adquirirlo en la ciudad, cargando sus gastos a este Ministerio. Repito que estamos en circunstancias anormales y que es precisa su presencia en Calcuta. No puedo decirle nada más. Recuerde que dentro de dos horas sale su avión.

—Perfectamente, señor —repuso Roger, consciente de la inutilidad de aducir nuevas razones—. Saldré dentro de dos horas.

—¡Magnífico! En secretaría le entregarán sus credenciales y los documentos precisos para desarrollar su misión. Encontrará, además, un pliego sellado, con instrucciones secretas que leerá usted durante el viaje, debiendo luego destruirlo. En cuanto llegue a Calcuta preséntese al Gobernador, sin pérdida de tiempo. Ya le estará esperando para acabar de puntualizar los detalles de su misión. Le deseo, cordialmente, un feliz viaje, un éxito rotundo en esta primera misión que le encomienda el «Civil Service». No quiero entretenerle más ya que el tiempo apremia. Recuerde, dentro de dos horas, o mejor dicho —el secretario consultó su reloj— dentro de una hora y cuarenta minutos debe usted estar en el aeropuerto.

Roger se levantó y estrechó la mano que el secretario le tendía, saliendo para retirar los documentos que éste le había indicado.

Cuando hubo evacuado todas las diligencias precisas le restaba escasamente una hora. Entró en unos grandes almacenes y adquirió una maleta y las prendas y utensilios más precisos para su viaje.

Mientras se lo preparaban llamó por teléfono a White Manor.

A través del auricular llegó la voz de *sir* Thomas y Roger le comunicó la inesperada noticia de su destino. El padre le deseó buena suerte y luego Roger habló con su madre y con su hermana, pidiendo a ésta llamara a Ruth al aparato. La respuesta de Molly le llenó de desasosiego.

—Ruth, ¿dices? Ah, es imposible. No puedes hablar con ella. Esta mañana ha salido para Londres para resolver algunos asuntos.

—¿Para Londres? ¿Sabes dónde ha ido?

—Sí, pero ha ido a tantos sitios que es muy difícil que puedas encontrarla.

La voz de Molly sonaba algo seca. Roger no insistió.

—Dile, por favor, cuando vuelva, que he salido para Calcuta y que le escribiré en cuanto pueda. Dile, además, que hoy le remito un telegrama. ¿Lo harás?

—Desde luego, Roger. Confía en ello.

—Gracias, Molly. Muchos besos a Dick y un afectuoso saludo a tu esposo.

—De tu parte, Roger. Buen viaje y buena suerte.

—Adiós.

Roger colgó el aparato. Una amargura infinita le invadió al pensar que ni siquiera le quedaba el consuelo de poderse despedir de Ruth y que sus relaciones quedarían en el aire, sin que hubieran podido precisar nada.

Al salir de los almacenes tomó un taxi y se dirigió al aeropuerto al que llegó con veinte minutos de antelación. Desde allí remitió el telegrama a Ruth. Estuvo dudando unas momentos antes de redactarlo, pero al fin, desdeñando el clásico laconismo de esta clase de mensajes, mandó un telegrama que mejor parecía una carta.

«Ruth —decía—: repentinamente he sido destinado a Calcuta. En el momento más inoportuno, cuando estábamos empezando a gozar de nuestro afecto, el deber me obliga a marchar lejos de ti. Quisiera poderte remitir una prueba de mi afecto, capaz de hacerte comprender lo mucho que te quiero. No te preocupes por nada. Todo terminará bien y nuestro amor vencerá todas las dificultades. Adiós, Ruth, ten confianza en mí. Te escribiré. Te quiere: Roger».

Momentos después el avión levantaba el vuelo y Roger, sentado

al lado de una de las ventanillas, contemplaba la enorme capital británica, sin poder evitar el pensamiento de que allá abajo, en una de aquellas edificaciones se encontraba Ruth y que ella ignoraba que él se iba.

Tal vez, en aquel momento, al oír los motores del avión, levantaría su lindo rostro al cielo para ver el paso del aparato, sin poder imaginar que en él iba Roger.

Cuando Molly, en White Manor, colgó el teléfono después de haber hablado con Roger, su madre, de pie junto a ella, exhaló un suspiro de alivio.

—Bien —dijo—. Dentro de breves minutos, Roger saldrá de Inglaterra.

—Me ha dicho —expuso Molly— que le comunique su marcha a Ruth y que le diga que le escribirá y que mientras, le remite un telegrama.

—Ya nos encargaremos nosotros de interceptarlo. Es preciso que Ruth ignore que Roger ha intentado despedirse de ella o de lo contrario podría fracasar nuestro plan.

—Considero que hemos hecho una mala jugarreta a Roger —terció *sir* Thomas—. Hubiera sido mejor convencerle de lo absurdo de su idea. Posiblemente, por sí mismo, hubiera llegado a la conclusión de que era un disparate su boda con Ruth.

—No, Henry. Nuestro hijo no hubiera cedido jamás. Todas cuantas razones hubiéramos aducido no le hubieran hecho cambiar de opinión. Esta muchacha supo llegar hasta su corazón y él hubiera saltado todas las conveniencias con tal de poderse casar con ella. Repito, Henry, que el alejarle de su lado ha sido la única solución. Ahora, con un poco de cuidado, podemos evitar que Ruth reciba sus cartas y, entonces, Roger desengañado llegará a olvidarla.

—Es posible que tengas razón —replicó *sir* Thomas—. Sin embargo, por una cosa puramente personal he tenido que molestar al Ministro de Colonias.

—Para algo deben servir los amigos. No tengas escrúpulos tontos. Además, en el fondo esto debe ser una satisfacción para ti, al comprobar que se atienden tus deseos en el Ministerio.

Sir Henry asintió lleno de satisfacción:

—Esto sí. *Sir* Wilson no puede negarme nada.

—Bien —suspiró Molly—. Roger ya se ha ido. ¿Queréis decirme

ahora qué es lo que debemos decirle a Ruth?

—Nada, hija. Nosotros debemos aparentar que no sabemos nada de lo ocurrido entre ellos dos. Por tanto si ella no te pregunta nada tú no tienes porqué explicarle la ausencia de Roger.

—¿No temes, mamá, que Ruth se de cuenta de nuestra maniobra?

—Eso déjalo de mi cuenta —terminó *mistress* Darcy—. Cuando llegue el momento ya me encargaré yo de desengañarla y de hacerle ver las cosas bajo otro punto de vista.

—Eres una picara, mamá —sonrió Ruth.

—Más bien podrías decir que sé usar de la diplomacia —replicó ufana *mistress* Darcy—. Cuando me propongo algo lo consigo. Ésta es la verdad.

—Dios quiera que todo salga bien —comento *sir* Thomas.

—Naturalmente que saldrá bien.

CAPÍTULO VI

DESENGAÑO

Al día siguiente a la partida de Roger, Ruth volvió a White Manor. Obscurecía ya cuando llegó a la enorme finca campestre. De la abierta ventana del salón salían rumores de risas y charlas. Nada parecía haber cambiado durante su breve ausencia.

Cuando entró en la casa se dirigió directamente a su habitación. Al día siguiente un mozo traería los diversos paquetes que constituían los encargos que había adquirido en Londres.

Después de haber cambiado su traje chaqueta por el blanco uniforme, Ruth fue a ver al pequeño Dick.

El niño jugaba, bajo la paternal mirada de James, con el feo osito de trapo que siempre había sido su juguete favorito y que arrojó a un lado al divisar a Ruth, mientras con sus pasos vacilantes se acercaba a la muchacha que tendía los brazos para recibirle.

—¡Cuánto has tardado en regresar, Ruth! —se lamentó el chiquillo, mientras la joven, sonriente, le levantaba del suelo y le besaba.

—¿Has sido bueno? —inquirió cariñosa.

—Sí, el niño ha sido bueno —replicó, Dick con énfasis.

—Así me gusta. Siempre debes ser muy bueno. Sigue jugando ahora. Ruth debe ir a ver a tu mamita.

—No tardes en volver.

Ruth descendió las escaleras. Su corazón saltaba impaciente, esperando encontrar de un momento a otro a Roger. El vestíbulo estaba desierto y del salón seguían llegando rumores de voces. Estuvo unos momentos indecisa y en aquel momento salió Molly

con su madre que, al verla, se dirigió hacia ella.

—Veo que ha regresado —dijo Molly, con voz que sonó desagradablemente a los oídos de Ruth ya que captó en ella un acento desacostumbrado.

—Sí, señora.

—¿Ha hecho todo cuanto le encargué?

—Excepto la visita a *lady* Hunter. No estaba en casa y el ama de llaves me dijo que tardaría varios días en regresar. Al parecer están en Francia.

—¿Sí? —inquirió Molly un tanto distraída.

—Los paquetes los he dejado en la estación. El mozo me ha dicho que mañana, a primera hora, los traerá.

—Perfectamente. Gracias. Ahora si quiere puede cenar y retirarse a descansar. Dick no la precisará hasta mañana.

—Como usted mande, señora. Buenas noches.

Ruth salió al jardín. Era agradable volverse a encontrar en el bello parque de White Manor. Sin darse cuenta sus pasos la llevaron al estanque y se sentó en el mismo banco en que oyera las apasionadas palabras de Roger.

¿Roger? ¿Dónde estaría Roger? ¿Cómo era que aún no se había percatado de su regreso?

La muchacha meditó sobre los últimos acontecimientos. A pesar de las palabras animosas de Roger comprendía, con gran claridad, que su causa estaba perdida. Nunca los Darcy tolerarían que ella entrara a formar parte de su familia. Estaba dispuesta a renunciar a Roger y esperaba tan sólo la primera oportunidad para decírselo a él y cerrar así un capítulo de su existencia que había empezado con tan bellas ilusiones. Además el tono de voz con que le había hablado Molly le hacía comprender que estaba disgustada con ella y que, por tanto, tenía conocimiento de todo cuanto había pasado entre ella y su hermano.

En el fondo un orgullo legítimo le hacía rebelar contra la intransigencia de aquellas gentes, pero con voluntad de hierro rechazaba la idea de saltar todas las conveniencias para casarse con el joven Darcy.

Cuando consultó su relojito se sobresaltó. El tiempo había transcurrido rápido, mientras estaba enfrascada en sus pensamientos. Era de noche ya y por más de dos horas había

permanecido sentada frente al estanque, con la instintiva esperanza de que Roger acudiera allí.

El aire era fresco y Ruth se estremeció. Con pasos rápidos se dirigió a la casa y subió rápidamente a su habitación. Se había hecho a la idea de que hasta el día siguiente no podría ver a Roger y esto, aunque la disgustaba, le daba más tiempo para reafirmar su decisión.

El próximo día, era el primero de junio. Otra vez noticias alarmantes llenaron las primeras páginas del periódico y de nuevo *sir* Thomas temió por el resultado de sus especulaciones. El mundo parecía ir directo a una hecatombe. Los incidentes diplomáticos se multiplicaban y los líderes políticos europeos lanzaban al aire discursos más o menos agresivos pero en los que latía un temor indefinible.

El verano de 1939 empezaba con los peores augurios y la opinión pública mundial afirmaba que antes de que finalizara habría estallado un conflicto de colosales proporciones.

Durante la mañana Ruth estuvo muy ocupada, cuidando a Dick. Roger seguía sin dar muestras de su presencia y la muchacha no podía evitar que una leve inquietud se adueñara de ella. Algo raro había en el ambiente. El trato afable con que le habían distinguido *míster* y *mistress* Darcy había variado considerablemente y las escasas palabras que le habían dirigido habían sido muy frías y extremadamente corteses.

Pasó la tarde y Ruth estuvo, durante un buen rato, sentada en la terraza, frente a las pistas de tenis, esperando a Roger para disputar con él la partida de costumbre.

Roger no acudió.

Nuevamente se puso el sol tras las colinas, tiñendo de púrpura el cielo y una suave brisa vino a refrescar las tierras calcinadas.

Ruth no dudó más. Durante todo el día había estado inquieta comprendiendo que la ausencia de Roger no era normal y, por varias veces, estuvo a punto de preguntar a Molly por su hermano. La natural reserva de la muchacha le impidió dar este paso, pero, al fin la ansiedad venció cualquier otro sentimiento y Ruth, al toparse con su señora, sin falsos temores, le preguntó por Roger.

Molly miró fijamente a la muchacha y, quitándole importancia a la cosa, dijo tranquilamente:

—¿El señorito Roger? Ayer salió para la India.

Ruth tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener su turbación. Balbució unas palabras de agradecimiento por la información recibida y subió a su habitación, a dar rienda suelta a su disgusto. No tuvo tiempo casi. James acudió a decirle que *mistress* Darcy quería hablar con ella.

Ruth bajó enseguida, preguntándose, angustiada, qué sería lo que la señora querría decirle y comprendiendo que fuera lo que fuese debía relacionarse con Roger.

Mistress Darcy la recibió en su gabinete. Con un ademán severo le indicó una silla junto al secreter, frente al cual se sentaba.

Ruth permaneció en silencio, con la vista baja, procurando ocultar sus emociones.

Mistress Darcy le dirigió una mirada penetrante antes de dirigirse a hablar. Su voz sonó desagradablemente a los oídos de la muchacha.

—¿Según tengo entendido ha preguntado usted por Roger?

—Sí, señora.

—Roger, como le ha indicado mi hija, salió anteayer en avión para la India, para cumplir con los deberes de su cargo. Le doy esta explicación porque me ha parecido observar cierta intranquilidad en usted. ¿Acaso Roger no le había indicado que debía partir?

Ruth negó con la cabeza.

—Dentro de todo no es nada raro —siguió diciendo *mistress* Darcy—. Roger acostumbra a ser extremadamente reservado en sus asuntos. Con decirle, que hace más de dos meses que conocía la fecha de su partida y que no nos la comunicó a nosotros hasta hace escasamente una semana.

Las palabras de la señora Darcy dañaban a Ruth. Por un momento se negó a darles crédito, pero la seguridad con que hablaba y el acento veraz con que las pronunciaba, le hicieron creer era verdad todo cuanto le decía. A pesar de ello osó preguntar:

—¿No dejó nada para mí?

—¿Por qué iba a dejarle algo? No comprendo... —*mistress* Darcy hizo una breve pausa y luego, bruscamente, como si en aquel instante se le ocurriera algo, continuó—: ¿O es que acaso Roger...? No, es absurdo. Señorita, le ruego que me diga la verdad.

Ruth levantó la cabeza. En sus ojos brillaban unas lágrimas.

—¿Roger y usted...? —la señora Darcy fingió admirablemente un embarazo que no sentía—. ¿Le hizo el amor?

Ruth no replicó. En silencio siguió llorando su terrible desengaño. *Mistress* Darcy continuó hablando y sus palabras siguieron ahondando la herida.

—Roger siempre ha sido igual. Nunca ha podido dejar de probar su elocuencia cuando unos ojos bonitos le han mirado más de una vez. Seguramente, a estas horas, ya estará musitando palabras de amor a los oídos, de alguna muchacha morena. Es incorregible.

—Pero...

—Debe olvidarle, niña. Roger, en este aspecto, es malo. Debo reconocerlo yo que soy su madre. No puede imaginarse cuánto siento el que el muy bribón le haya hecho concebir alguna esperanza. ¡Estoy francamente avergonzada!

Ruth incapaz de pronunciar palabra alguna seguía llorando en silencio.

Mistress Darcy le dirigió una mirada despectiva y sus labios se curvaron, en una sonrisa de satisfacción, al comprender que sus planes estaban a punto de alcanzar un gran éxito. Su voz empero sonó cariñosa cuando habló de nuevo:

—Y ahora. ¿Qué piensa hacer, hijita?

—No lo sé —sollozó Ruth.

—Es mejor que se aleje de White Manor. Vaya unos días a descansar al lado de sus familiares y así, fuera de estos parajes, le será más fácil olvidar. —*Mistress* Darcy empezó a escribir, mientras seguía hablando—. Todos lamentamos perderla. Es usted una buena chica y nos habíamos acostumbrado a su compañía y a sus amabilidades con Dick. Lo siento de verdad. Nosotros seremos los primeros perjudicados con su partida. Tenga, Ruth —agregó, mientras tendía un cheque a la joven—. Reciba este pequeño obsequio, como compensación a sus molestias, y procure olvidar a Roger. No merece que una mujer honrada vierta una sola lágrima por él.

Ruth intentó rechazar el cheque, pero *mistress* Darcy insistió y, al fin, la joven no tuvo otro remedio que aceptarlo.

Al día siguiente, en el primer tren, Ruth salió para Londres.

Cuando traspasó el umbral de White Manor no pudo menos que sentir que se le encogía el corazón.

En los pocos días que había habitado en aquella señorial mansión había sufrido nuevas y desagradables experiencias. Cuando llegara a White Manor ignoraba qué cosa era el amor y al abandonar aquella casa ya sabía lo que era el desengaño.

Antes de torcer el camino que le ocultaría la casa, Ruth dirigió una última mirada atrás. Luego, apretó fuertemente los labios y acelerando el paso caminó hacia la estación.

Sólo cuando el tren emprendió la marcha sintió que recobraba su tranquilidad, como si se hubiera librado de un raro maleficio.

CAPÍTULO VII

EUROPA EN LLAMAS

El avión militar en que viajaba Roger se puso en contacto con el aeródromo. Volaban sin luces por encima del canal de La Mancha, por temor a un ataque de los cazas alemanes, dueños absolutos del espacio.

Todos los pasajeros tenían los músculos tensos. Sabían que estaban sobrevolando la zona más peligrosa y que, de un momento a otro, podía producirse la catástrofe.

Los escasos minutos que faltaban para que el avión tomara tierra parecían eternos y el tiempo se había, aparentemente, detenido.

Roger, atisbando por la ventanilla, pudo contemplar el fulgor de varios incendios, verdaderos faros en la oscuridad de la noche, lo que hizo comprender que volaban ya sobre Inglaterra.

Al fin el gran aparato de transporte se posó sobre el suelo y los pasajeros exhalaban un suspiro de satisfacción.

Londres de noche, en el verano de 1940, constituía un espectáculo sobrecogedor. Roger deambuló por las oscuras calles, semejantes a largos túneles, llegando incluso, en algunos momentos a perder la orientación, a pesar de que creía conocer la capital británica palmo a palmo. De la manera que pudo, llegó a su club, donde pasó el resto de la noche, dispuesto a emprender, en cuanto amaneciera, el viaje a Surrey, para disfrutar de unos breves días de permiso, antes de incorporarse al servicio activo como teniente de infantería.

El estallido de la guerra le había sorprendido en Calcuta. Desde allí había seguido, aterrorizado, la marcha de la campaña,

pasmándose ante la total derrota del ejército francés, asolado por la mejor preparación alemana. Desde la India lejana había sufrido ante la evacuación británica del continente y había pasado días de amargura al pensar en Dunquerque, en cuyas playas quedó la casi totalidad del armamento inglés y se desquició la proverbial fama del ejército británico.

La «guerra relámpago», llevada a cabo por los alemanes con tan enorme éxito, fue algo que no podía comprender Roger, instruido y educado en la idea de que el Imperio británico era algo inmovible, eterno e indestructible. Fue para él como para todos los ingleses, dormidos en la confianza de su poderío, un golpe mortal al comprobar la deficiente preparación de los soldados británicos, inferior a todas luces, a la de los hombres que Alemania lanzaba a la lucha.

Tuvo que reconocer que Inglaterra iba a presentar la batalla más importante de su historia y que en ella se jugaba su papel de primera potencia europea. Si los alemanes se lanzaban a la invasión, pocas esperanzas quedarían de vencer su empuje colosal. Era preciso resistir y defender las islas con todo el coraje disponible o, inclinando la cabeza, reconocer la derrota.

Por todos estos motivos Roger solicitó su licencia del «Civil Service». Patriota por temperamento le parecía que no cumplía con la patria ocupando un puesto en Calcuta, alejado del escenario de la guerra, sin poner en juego toda su exuberancia juvenil, defendiendo con las armas en la mano a su nación, y, por ello, cuando fue admitido en el ejército, tuvo una inmensa alegría, esperando impaciente el momento de incorporarse a su unidad.

Ahora, ya en Londres, mientras oía el estremecedor gemir de las sirenas y se apresuraba a descender al refugio, se alegraba más aún de su decisión y al poder comprobar los sufrimientos de los londinenses, sometidos a un bombardeo implacable. Sin poder dormir una sola noche tranquilos, sentía verdaderas ansias de ofrecer su vida para triunfar en aquella guerra feroz e inhumana en que ninguno de los dos bandos contendientes se paraba a reflexionar adonde conduciría tanta destrucción.

Mientras Roger subía la suave cuestecita que llevaba a White Manor, sus pensamientos se centraban en Ruth. A pesar de que había transcurrido más de un año desde su última entrevista con

ella y, a pesar de las muchas cartas que le había escrito y que le fueron devueltas por sus familiares, con la escueta información de que Ruth no vivía ya con ellos por propia voluntad, Roger no había podido liberarse del recuerdo de la bella institutriz. Comprendía que algo raro debería haber ocurrido para que ella, repentinamente, abandonara White Manor y ahora, mientras se acercaba a la señorial mansión se hizo el firme propósito de saber la verdad de lo ocurrido.

Un año de servicio en Calcuta había transformado a Roger. En sus ojos grises brillaba mayor determinación y su carácter se había vuelto más enérgico.

Sir Thomas le recibió cordialmente y apretó con vigor la mano de su hijo, saludándole con verdadero afecto. *Mistress* Darcy acudió presurosa, besando a Roger, y acariciándole el pelo como si fuera aún un niño.

Durante la cena hablaron de sus correrías. Roger habló de sus experiencias en la India y *sir* Thomas expuso, con colores realistas, las terribles horas de angustia que habían atravesado y los malos augurios que se cernían en el aire.

Mientras tomaban él café en la terraza, disfrutando de la brisa suave que templaba el calor de la jornada, Roger abordó la cuestión que tanto le había preocupado. Sin preámbulo, tal vez con un poco de brusquedad, preguntó por Ruth.

Mistress Darcy sonrió benévola, antes de contestar.

—¿Ruth? ¿Te refieres acaso a aquella institutriz que tuvo Molly?

—Sí, mamá. A ella me refiero.

—Ah —la exclamación sonó un tanto despectiva a los oídos de Roger que, molesto, siguió preguntando:

—¿Qué quieres decir con este «ah»?

—Mira hijo. Ya sabes que a mí me ha gustado siempre hablar claro. Yo no sé, ni me interesa, qué hubo entre tú y aquella muchacha. Lo cierto es que, en cuanto te fuiste, después de unos días en que parecía vivamente contrariada, pidió marchase. Esto es todo y, Roger querido, supongo que habrás olvidado la serie de estupideces que por culpa de aquella mujer estuviste a punto de cometer.

—No eran estupideces, mamá —afirmó Roger, con firmeza—. Ruth representaba mucho para mí y aun ahora, si es que consigo

encontrarla, me casaré con ella.

Las palabras de Roger hicieron sonreír a su madre. Comprendió que, a pesar del tiempo transcurrido, el joven no había olvidado a Ruth y, una vez más, se alegró de haber sabido obrar con tanto acierto.

—Y harías un solemne disparate —dijo—. Ruth no fue jamás digna de ti.

—Claro que no —dijo con amargura Roger—. Si el apellido de Ruth hubiera pertenecido a la nobleza, o si su capital hubiera estado formado por una cantidad de seis cifras ni tú ni papá hubierais puesto ningún inconveniente.

—¿Qué quieres insinuar con esto? —inquirió *sir* Thomas, tomando por primera vez parte en la conversación.

—No quiero insinuar nada. Me limito a decir las cosas tal como son. Para vosotros no cuenta que una mujer sea buena, no basta que sea honrada y que sepa querer. Es preciso, además, que sea «alguien». Con vuestras mañas habéis conseguido apartar a Ruth de mi camino, pero yo os prometo que la buscaré por doquiera y que, tarde o temprano, la encontraré.

—Y sufrirás un terrible desengaño. Ruth ni siquiera se tomó la molestia de contestar a tu telegrama o de escribirte alguna carta. Si es esto lo que tú llamas amor...

—¿Es cierto esto? —preguntó Roger con vehemencia, encarándose con su madre.

—¿Qué sacaría con engañarte? Y si sólo fuera eso, pero es que...

—Dímelo todo. Quiero saber la verdad.

—¿Para qué? Lo pasado, pasado. Vale más no hurgar en la llaga.

—No, mamá. Debes decírmelo todo.

—Bien, Roger —transigió *mistress* Darcy—. Tú lo has querido. Unos días después de partir tú, Ruth vino a hablar conmigo. Me habló de que tú le habías declarado tu amor y que ella te había creído. La escena fue muy violenta y, aun ahora, me desagrada recordarla. Sólo he de decirte que insinuó que debía ser indemnizada y que, al fin, le extendí un cheque y se marchó.

Roger acusó el golpe. Pareció hundirse, empequeñecer, ante la noticia. Por unos momentos permaneció callado, incapaz de poner en orden sus pensamientos mientras algo se rompía en su interior y una sorda ira se adueñaba de todo su cuerpo.

—Bien, gracias —dijo secamente—. Te agradezco tu sinceridad; aunque a mí también me gusta ser claro, mamá, he de decirte que veo algo raro en todo esto. Comprendo que Ruth no me quiso nunca, pero veo también que, por vuestra parte, hicisteis todo lo posible para sembrar obstáculos en mi camino. ¡Buenas noches!

Roger abandonó la terraza y se retiró a su habitación. Al día siguiente partió para Londres, llevando en su alma el peso de un terrible desengaño.

CAPÍTULO VIII

RUMBO A ORIENTE

El capitán Roger Darcy, apoyado en la barandilla metálica del enorme buque de transporte, contemplaba el majestuoso efecto que ofrecía el convoy, navegando a toda máquina rumbo a Singapur.

Llevaban ya varios días de navegación desde que partieran de Inglaterra. La ruta era larga y la velocidad de un convoy, compuesto por más de veinte barcos, no podía ser tan rápida como la de una unidad aislada.

Finía 1941. La guerra seguía con redoblada fiereza y en todos los rincones del globo terrestre se extendía la chispa destructora. En Europa los alemanes combatían con las hordas soviéticas, en África seguía la batalla del desierto y ahora todo el oriente se inflamaba en llamas.

El 7 de diciembre la escuadra japonesa, al mando del almirante Nagumo, te había acercado a las costas orientales de los Estados Unidos, lanzando sus aviones de bombardeo contra la base naval de Pearl Harbour. Los Estados Unidos declararon la guerra al Japón y a sus aliados. Inglaterra, a su vez, declaró la guerra al Japón.

Los japoneses no perdieron tiempo y sus tropas, magníficamente adiestradas y equipadas, se lanzaron, casi simultáneamente con su ataque a Pearl Harbour, contra Malasia, efectuando el primer desembarco el día 8 a las 0,25 del día 8 de diciembre y atacando por el aire, con intensos bombardeos las Filipinas y Hong-Kong, al amanecer del 8 de diciembre^[1].

La invasión japonesa a Malasia preocupó enormemente a altos

círculos militares británicos que vieron el inmenso peligro que corría la gran base naval de Singapur.

El convoy en que viajaba Roger, ante el rápido desenvolvimiento de los acontecimientos, recibió la orden de apresurar, dentro de lo posible, su marcha, a fin de poder auxiliar a las tropas que combatían contra los nipones.

Cuando se conoció la noticia del ataque japonés a Pearl Harbour, seguido de las otras acciones enumeradas, los jefes del Ejército Británico que iban en el convoy, comprendieron que la situación tomaba caracteres verdaderamente alarmantes.

Roger no podía escaparse a la preocupación general. A cada día que transcurría se cernían nuevos peligros; contra su patria. Había luchado en África y había, tenido que retroceder con el VIII Ejército ante las victoriosas acometidas de Rommel. Había sabido de las amarguras de la derrota y de los feroces combates sobre la seca arena y bajo el sol del desierto y, ahora otro nuevo escenario de lucha se abría en el extremo oriente y los soldados británicos deberían combatir contra el poderío creciente del ejército nipón, en la; terribles selvas malayas.

Con desgana, Roger se separó de la borda. En el amplio comedor del mercante se había reunido la oficialidad, ya que el teniente coronel Miller había considerado oportuno efectuar un cambio de impresiones.

Hacía calor y Roger sentía que una modorra inmensa se adueñaba de su espíritu. Sus pensamientos volaban lejos del barco. Rememoraba, con vividez, las terribles jornadas africanas, aquellos feroces combates en los cuales se distinguió y donde alcanzara su grado de capitán. Sólo con un esfuerzo titánico de su voluntad pudo despabilarse y atendió a la conversación que se había entablado.

Miller, con su voz clara y precisa, exponía sus temores.

—Hemos pecado de confiados. Hemos dejado de vigilar a Japón, seguros de nuestra potencia militar y el Japón, a un ritmo que produce escalofríos, ha ido preparándose para el momento preciso y hoy día su ejército es tal vez el mejor preparado del mundo. La prueba de ello es que han iniciado una serie de avances prodigiosos, saltando sobre las islas del Pacífico, con tal velocidad que pueden muy bien llegar a amenazar a la propia Australia, si no conseguimos poner coto a sus agresiones.

—Es cierto —confirmó el mayor Burton—. El mismo Singapur, la fortaleza número uno del Pacífico, no puede considerarse inexpugnable ante la táctica, tremendamente eficaz, del Alto Mando Nipón.

—Lamento diferir de su opinión —replicó el mayor Martyn— pero Singapur es inexpugnable. Nunca los japoneses podrán expulsarnos de la fortaleza.

El teniente coronel Miller sonrió con amargura. Su rostro severo de líneas un tanto duras, expresaba un claro cansancio.

—Ojalá tenga usted razón, mayor Martyn —deseó con vehemencia—. Singapur es una base vital para la defensa del Pacífico y perderla representaría algo irreparable.

Roger oía indiferente las opiniones de sus superiores. Para él la guerra había llegado a ser algo natural a su existencia y le parecía imposible el solo pensamiento de que un día debería llegar la paz.

Un tanto pesimista, convencido de que las cosas ocurrían fatalmente, sin que nada se pudiera hacer para remediarlo, su interés era muy relativo para el desarrollo de las operaciones futuras. Nunca preguntaba nada, limitándose a cumplir las órdenes que se le transmitían. Por eso ahora, al oír las conjeturas que se hacían sobre la defensa de Singapur permanecía indiferente, sin sentir curiosidad alguna.

El mismo no comprendía cómo había llegado a este extremo de desinterés por todo. Muchas veces había creído, al reflexionar sobre su pasado, que el recuerdo de Ruth era la causa básica de su total escepticismo y en realidad así era. Roger jamás había conseguido olvidar a Ruth y la imagen de la joven le perseguía por doquier y él, a pesar de la desazón que le producía pensar en ella, se complacía en evocar todos los recuerdos de aquel último verano de paz.

Su indiferencia desaparecía, empero, cuando entraba en acción. Algo se adueñaba de él, haciéndole sentir un entusiasmo incomparable y una rápida y brillante percepción del conjunto le permitían actuar con una extraordinaria eficacia, llevando a sus hombres a la victoria. Combatía con fe en el triunfo aunque, una vez pasados aquellos momentos de exaltación gloriosa, volvía a caer en su acostumbrada indiferencia y apatía.

Sus compañeros de armas habían, en multitud de ocasiones, intentado sacarle de su abstracción, pero sin resultado. Roger se

obstinaba en cerrarse en sí mismo y nadie pedía romper la muralla aisladora en que se encerraba.

En el comedor seguía la conversación. Las palabras llegaban a los oídos de Roger que se esforzaba en asimilarlas.

—Sí, los japoneses, según mi opinión, se han precipitado. Lo de Pearl Harbour ha sido un golpe en el que han desafiado a la mayor potencia industrial del mundo —hablaba a la sazón el mayor Burton—. Los Estados Unidos, en breves meses, movilizarán sus enormes recursos para hacer la guerra total a los nipones y al final el resultado será la derrota del Imperio del Sol Naciente.

—En realidad —asintió Miller— el ataque japonés a Pearl Harbour nos ha sido favorable. Los Estados Unidos no se hubieran jamás decidido a entrar en la guerra, observando una neutralidad si no absoluta, ya que nos mandaban muchos útiles y armamentos, poco conveniente para nosotros. Ahora podemos contar con su ayuda incondicional ya que nuestras dos naciones luchan por el mismo fin, lo que, a todas luces, nos favorece.

La conversación languideció. Por unos instantes aquellos hombres estuvieron reflexionando, enfrascado cada uno en sus pensamientos.

Nuevamente inició la conversación el teniente coronel Miller:

—Me gustaría estar ya en Singapur. Jamás me ha agradado hacer conjeturas sin poder juzgar de cerca la realidad de los acontecimientos, pero, debo confesárselo, me siento algo inquieto.

—¿Por lo de Malaca? —inquirió el mayor Martyn.

—Sí. Este fulminante desembarco japonés y estos espectaculares avances por terrenos tan difíciles me llena de aprensión.

—Son soldados hábiles los japoneses.

—Más de lo que usted puede creer. He vivido muchos años en Oriente y sé de lo que son capaces. El japonés, bajo su máscara sonriente, es un hombre de inteligencia poco común y de tenacidad extraordinaria. Muchas cosas que nosotros calificamos de imposibles ellos las realizan sin darle ninguna importancia. En las selvas de Malaca estaremos siempre en inferioridad ante ellos, expertos luchadores en estas regiones, adiestrados y especializados para combatir en lugares donde el solo andar es ya una dificultad casi insuperable para un europeo.

—En fin —suspiró el mayor Burton— pronto llegaremos a

Singapur y sabremos, a qué atenernos.

—Es verdad. Dentro de cuatro días habremos llegado a nuestro destino. Crean ustedes que tengo verdaderos deseos de encontrarme allí.

Después de unas palabras más la conversación languideció de nuevo y poco a poco los jefes reunidos fueron desfilando, buscando respirar un poco de aire fresco en la cubierta.

El convoy, inmutable, seguía su marcha.

Siempre hacia Oriente.

Roger, desde la borda, vio ponerse el sol en las aguas rojizas. Otro día finía. Sin darse cuenta se encontró pensando en Ruth.

CAPÍTULO IX

APARECE CARLOS

El convoy llegó sin novedad a Singapur. Los barcos pasaron a atracar en las modernas dársenas donde procedió a su rápida descarga, los soldados fueron alojados en los espaciosos cuarteles y, sin pérdida de tiempo, empezó su adiestramiento.

Roger, con varios oficiales más recién llegados, fue recibido con alborozo por sus compañeros. Con este afán lógico de mostrar las bellezas de un lugar a los forasteros, los oficiales antiguos en Singapur se apresuraron a mostrarles todo aquello que tenía de admirable la gran capital^[2].

El gran paseo marítimo, con vistas a la inmensa bahía, dominando las soberbias instalaciones portuarias, los barrios indígenas, duro contraste con los europeos y en los cuales se vivía con arreglo a normas antiquísimas, fueron exhibidos a los ojos de los recién llegados con satisfacción como si de cosa propia se tratara.

No terminaron aquí las atenciones de los oficiales sino que, separados en grupos, quisieron mostrar, asimismo, el espectáculo del Singapur nocturno, con su exotismo oriental, civilizado sólo hasta cierto punto.

Roger, enemigo del bullicio, rechazó, hasta donde le fue posible, la invitación de pasar la velada con sus nuevos compañeros pero temeroso de ofenderles con su negativa, aceptó al fin y, después de una espléndida cena en el lujosísimo restaurante del hotel se encaminaron al «The Night», uno de los más celebrados clubs nocturnos.

El ambiente era fastuoso. El local, soberbiamente decorado, de arquitectura un tanto exótica, presentaba un aspecto deslumbrador. Silenciosos y correctísimos camareros malayos se inclinaban con reverencia ante el paso de los oficiales británicos, hablándoles con su inglés característico y que sonaba muy agradablemente a los oídos del forastero, por su musicalidad incomparable.

Roger, sentado en una de las mesas, contemplaba, un tanto distraído, las danzas de unas bellas bailarinas malayas, exóticamente ataviadas, que poseían el supremo don de la armonía.

La conversación era animada. Se oían continuamente risas y chanzas y en todas las mesas reinaba una extraordinaria alegría.

Roger pudo comprobar que allí todo el mundo se divertía, con despreocupación absoluta de los temores de la invasión. Los militares, en cuanto entraban en «The Night», procuraban dejar en sus amplias puertas todo cuanto pudiera preocuparles, entregándose por completo al hechizo incomparable de aquel ambiente único.

Todas las mesas estaban ocupadas por varias personas, entre las que dominaban los militares. Algunos nativos, vestidos correctamente a la europea, alternaban con aquéllos con franca cordialidad. Muchas mujeres, lujosamente ataviadas, se veían entre la concurrencia, ya que el «The Night», a pesar de su fama algo turbia, era el lugar más elegante de la ciudad y lo suficientemente decente para que los ingleses pudieran acudir con sus esposas.

Cada noche, en los elegantes salones, se reunía la mejor sociedad de Singapur, gozando de sus atracciones de fama internacional, escogidas cuidadosamente por el activo empresario malayo, para mantener el prestigio de su club.

En uno de los rincones, tal vez el más discreto, había una mesa que, por contraste con los demás parecía vacía, ya que estaba ocupada por un solo hombre.

Roger no pudo menos que observar aquella excepción y examinó, detenidamente, al solitario ocupante. Era un hombre joven, enormemente tostado por el sol, de ojos vivos y penetrantes y de un fulgor negrísimo. Vestía correctamente de etiqueta, con elegante descuido, y el impoluto albor de su pechera almidonada hacía resaltar, más aún, el oscuro color de su piel.

Terminó la danza y, tras un leve intervalo musical, apareció en la pista, seguida por el plateado haz del reflector, una bellísima

mujer. Su cuerpo esbelto, bien moldeado por un traje de noche negro, se adivinaba ágil y disciplinado.

Roger la miró fijamente, admirado de tan singular belleza. Por un momento su corazón dio un salto, pero con un esfuerzo de voluntad se negó a aceptar una circunstancia, a todas luces imposible.

Se hizo el más absoluto silencio en la sala. Todas las mirabas estaban fijas en la bella joven, admirativas las de los hombres y un tanto envidiosas las de las mujeres.

Roger la miraba con fijeza, deseoso de comprobar su error. La orquesta inició unos compases deliciosamente cadenciosos y, en el momento preciso, la mujer empezó a cantar.

Poseía una voz de delicados matices y las palabras de la bella canción que entonaba parecían tomar vida al ser interpretadas con tanto sentimiento.

Roger se incorporó en su asiento mientras palidecía. Un sudor frío mojó su frente febril y tuvo que ahogaren sus labios una exclamación de sorpresa. Y es que no cabía negar la evidencia. La mujer que tenía ante sí cantando aquella cadenciosa melodía, era, sin ningún error, Ruth.

¡Al fin la había encontrado! Habían sido precisos más de dos años para que sus vidas volvieran a converger en un mismo punto. Su existencia entera radicaba, en aquellos momentos, en sus oídos, ávido de captar todos los tonos de aquella voz querida, tanto tiempo añorada. Se estremeció al recordar la primera vez que la oyó cantar, en el salón de White Manor, en aquel ahora tan lejano año 1939.

Cuando Ruth terminó de cantar unos aplausos ensordecedores rubricaron su enorme éxito. Roger no aplaudió. Permanecía sumido en un raro éxtasis, fijos sus ojos en la espléndida figura de la cantante, deseoso de saciar sus pupilas con aquella belleza tan recordada en sus horas de insomnio y delirio.

Vio cómo Ruth, con gracia innata, saludaba, agradeciendo el fervoroso homenaje de aquel público que la aplaudía. Cantó de nuevo y otra vez fue ovacionada hasta la exaltación. Luego, sonriente, se apartó de la pista y encaminóse, a través de las mesas, hasta la ocupada por el hombre que llamara la atención de Roger, quien, levantándose sonriente, le besó la mano mientras la ayudaba

a sentarse.

Roger no pudo reprimir un gesto de desagrado. Con ojos febriles siguió observando a la pareja y al ver la franca sonrisa que iluminaba el rostro de Ruth, mientras hablaba con el joven moreno, sintió que algo le atenazaba el corazón. Bruscamente se volvió a uno de sus compañeros, preguntándole, sin poder ocultar su excitación:

—¿Quién es ella?

El oficial le miró un tanto asombrado al percibir la tensión que vibraba en la voz de Roger. Sin embargo, se apresuró a contestar:

—Es Ruth Sadove, la popularísima cantante de fama mundial.

Roger recordó el nombre. En efecto, en multitud de ocasiones, había oído hablar de la joven artista que había conquistado con su prodigiosa voz a todos los públicos de Europa y América. Él no había tenido, empero, ocasión de oírla jamás, y por eso había perdido la oportunidad de encontrarla antes.

—Se ha cambiado el apellido y conserva su nombre —dijo por sí pero hablando en voz alta sin darse cuenta.

—¿Cómo? —preguntó atónito su interlocutor.

—Nada —replicó Roger confuso—. Estaba pensando en voz alta.

—Ya —el oficial sonrió comprensivo mientras pensaba que Roger no había sido una excepción a la regla y había sucumbido, en la primera ocasión, ante los encantos de Ruth.

—¡Es bellísima!

—En efecto, lo es. Pero inabordable. Nadie ha conseguido jamás intimar con ella. Es cariñosa con todo el mundo, pero jamás ha dado esperanza alguna a ninguno de los muchos hombres que le han declarado su amor.

—¿A ninguno? —inquirió Roger, indicando con un gesto significativo al hombre que con ella se encontraba.

—¡Ah! Éste es un caso aparte. Carlos Aguilar es el único que, hasta ahora, puede envanecerse de haber conseguido llamar su atención. Parece que ella, por lo que fuere, le distingue con su amistad.

—¿Carlos Aguilar? ¿Argentino?

—No. Español.

—¿Qué hace aquí en Singapur? —preguntó Roger, deseoso de saber todo cuanto con Ruth se relacionara.

—Esto es algo que nadie sabe. Al parecer es hombre rico, muy rico. Posee un espléndido yate y aparentemente no trabaja nunca. Tiene una hermosa finca en la colina, cerca del palacio del gobernador. Su vida es inquieta y muy a menudo permanece unos meses ausente, pero siempre regresa de improviso, y reemprende su habitual vida entre nosotros como si no hubiera faltado un solo día.

Roger aceptó la explicación de su colega con gran interés. Carlos Aguilar, por el solo hecho de relacionarse con Ruth, había despertado enormemente su curiosidad.

Siguió el espectáculo, pero Roger ya no vio nada más. Sus ojos estaban pendientes de Ruth y cuando aquélla, acompañada por Carlos, abandonó el salón, sintió que un enorme vacío quedaba en su interior y, excusándose se marchó a su vez.

Mientras andaba por las oscuras calles, su mente no descansaba un momento. Era tal la impresión recibida al encontrar a Ruth que le parecía estar sufriendo una pesadilla de la que ansiaba despertar. Sin embargo, después de hondas meditaciones, llegó a la conclusión que debía intentar acercarse a Ruth y probar nuevamente suerte. Esta idea le permitió disminuir su tensión nerviosa y cuando llegó a su alojamiento la tranquilidad había vuelto a su espíritu al mismo tiempo que, asombrado, se percataba de que en el espacio de unas horas se sentía transfigurado. Era de nuevo aquel Roger Darcy que partiera un día de Inglaterra en dirección a Calcuta, aquel hombre joven, lleno de esperanzas y de propósitos.

CAPÍTULO X

INQUIETUD EN EL ALTO MANDO

El día 20 de enero de 1942 el general Wavell, comandante supremo del Pacífico Sur llegó a Singapur en su avión.

El gran aeródromo de la capital había sido intensamente bombardeado aquella mañana por dos oleadas sucesivas, de cincuenta aviones japoneses cada una de ellas, y enormes cráteres dificultaban el aterrizaje de los aviones.

En un automóvil que le estaba esperando Wavell se dirigió, sin pérdida de tiempo, al gran edificio donde estaba instalado el Estado Mayor del general Percival, jefe de la base y de las tropas de Singapur.

A los pocos momentos estaban reunidos los altos oficiales y Wavell se dispuso a escuchar el informe de Percival. Éste, con voz seca, sin expresión, empezó a detallar las características de la batalla que se estaba desarrollando al sur de Malasia.

—La situación ha empeorado notablemente —dijo—. La 45 Brigada de Infantería India, reforzada con dos batallones australianos, han sido copados por los japoneses en las cercanías de Bakri, al este de Muar. Según nuestros informes, a pesar de la bravura con que han combatido, han sido incapaces para llevar a buen término el repliegue ordenado. Asimismo la 43 Brigada combate furiosamente en Payong, unas veinte millas al sur de Bakri corriendo un inmediato peligro de ser desbordada por ambos flancos por las fuerzas japonesas.

Wavell consultó el gran mapa, en el que diversas señales, indicaban la situación de las unidades en lucha. Incluso a los ojos

de un profano resaltaba el hecho de que la situación en el sur de Malasia era insostenible y que era forzoso ordenar nuevos reniegues, La línea roja que indicaba los avances japoneses estaba ya peligrosamente cerca de Johore, única línea que se podía intentar defender antes de la isla de Singapur.

—Creo —expuso Wavell— que ha llegado el momento de replegarse hacia el sur, antes de que sea demasiado tarde. No podemos permitir que los japoneses destrocen nuestros ejércitos en Malasia, lo que nos impediría luego defender con eficacia la isla de Singapur. Sin embargo, no podemos, tampoco, replegarnos a la isla. La batalla por Singapur debe darse en Malasia, en la región de Johore Bahru, ya que es demasiado estrecho el canal que separa la isla del continente para que pudiéramos gozar de una relativa tranquilidad a pesar de que procediéramos a volar el dique que los une.

—Exacto, general —asintió Percival—. Yo había previsto un repliegue previo de tropas a la zona de Segamat-Labis, preparando la retirada general hacia la línea de Johore Bahru y, eventualmente, hacia la isla.

—Es la única solución —asintió, a su vez, el general Heath.

—¿Cómo están los preparativos para la defensa de la isla? —inquirió Wavell.

—Se realizan a marchas forzadas. Sabe usted de sobras cuál era nuestra situación ante un eventual ataque por el norte.

—Sí, por desgracia lo sé —replicó Wavell, irritado—. La gran fortaleza de Singapur, en la que Inglaterra ha gastado millones de libras esterlinas^[3] ha resultado ser útil, solamente, para rechazar un ataque por el mar. Los ingenieros militares que la proyectaron se «olvidaron» de guarecer su retaguardia. Es algo incomprensible lo ocurrido. De todas maneras, general espero que habrá realizado grandes progresos para subsanar, en lo posible, tan absurda situación.

—Efectivamente, general. Se ha empezado a ritmo velocísimo la ejecución del plan previsto. Se hacen las debidas modificaciones a las piezas de la fortaleza a fin de que puedan disparar contra una amenaza procedente de tierra, aunque aquí chocamos con la dificultad del amunicionamiento, ya que los proyectiles almacenados son para combate contra naves, a todas luces

ineficaces para la guerra terrestre.

—Bien. Tomo nota de ello. A ver si es posible hacer llegar a tiempo explosivos del tipo necesario.

—Además, cierto número de piezas ligeras y varias ametralladoras pesadas han sido transportadas y emplazadas en los sectores norte y oeste de la isla, para la defensa del estrecho^[4].

—¿Equipan estos nuevos emplazamientos con reflectores? —preguntó Wavell.

—Sí, para evitar una sorpresa nocturna.

—Perfectamente. Prosiga.

—Se procede a sembrar campos de minas en las zonas de desembarco más probables, a fin de dificultar y retrasar las operaciones enemigas. Están ya dispuestas las cargas para volar el gran viaducto que saltará por los aires en el momento preciso^[5]. Además, los técnicos en destrucciones están preparando todos los detalles para volar la fortaleza, depósitos de municiones, etc.

—Considero, general, que la mejor manera de destruir las municiones es empleándolas contra el enemigo —comentó, irónico, Wavell.

—Sí, claro —agregó Percival un tanto confuso—. Además he ordenado que fueran requisados o destruidos todos los botes y embarcaciones menores existentes en la zona del estrecho de Johore. Los ingenieros construyen, a marchas forzadas, obras de campaña y reductos para emplazamientos de artillería y ametralladoras y he dado órdenes para que fuera movilizada toda la población masculina de la isla para la construcción de defensas. He aplicado el más riguroso sistema de alistamiento, limitado tan sólo por el número de picos y palas disponibles.

—Veo con satisfacción —dijo Wavell— que han sido tomadas todas las medidas precisas.

—Sí, señor. Ahora todo depende del factor tiempo.

—Exacto. Hay que prolongar la resistencia en Johore Bahru hasta que hayamos podido terminar nuestros preparativos.

—Y las cosas van muy mal por allá...

—No se puede hacer más de lo que se hace —adujo secamente Heath.

—Bien, señores —agregó Wavell—. Quiero recalcarles que hay que defender la isla de Singapur cueste lo que cueste. La isla entera

debe ser disputada al invasor hasta que cada unidad y cada reducto hayan sido destrozados separadamente y luego hemos de convertir a la ciudad de Singapur en una ciudadela y defenderla hasta la muerte. No hay que pensar siquiera en la rendición. Singapur no se entregará jamás. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—Creo que la mejor táctica a seguir para la defensa de la isla es la de basarla en el sistema de localidades para todas las fortificaciones terrestres, situadas de tal forma que cubran los pasadizos más peligrosos de acceso. No podemos levantar fortificaciones en las marismas y, por tanto, es preciso crear un buen cuadro de reservas móviles, dispuesto para librar contraataques rápidos. Hay que defender, sobre todo lo demás, los aeródromos, para evitar el acceso de tropas aerotransportadas japonesas, que, según nuestros informes, están siendo preparadas en Indochina.

—Efectivamente éste es el plan de defensa que se adapta mejor al terreno. El ataque japonés por el aire puede causarnos muchas molestias. ¿Contaremos con refuerzos de la

R. A. F.?

—Procuraré mandarles nuevos aviones. Ahora, empero, con los cincuenta modernos «Hurricanes», recién llegados, ha aumentado considerablemente su facilidad de resistencia.

—Es cierto; pero unos cuantos aviones más nos serían de gran utilidad.

—Sabe usted de sobras, Percival, que les prestaremos la máxima ayuda posible. Si puedo distraer aviones de otros sitios les serán enviados con urgencia, pero por ahora debe usted basar su defensa con los únicos efectivos con que cuenta. Lo único esencial es que Singapur no debe caer jamás en manos japonesas.

Wavell, comandante supremo de las fuerzas aliadas del Pacífico Sur, dio por terminada su conferencia. Cuando salió de la gran sala donde ésta había tenido lugar, los altos jefes británicos reunidos no podían ocultar lo mucho que les preocupaba la gravedad de la situación.

CAPÍTULO XI

OTRA NOCHE EN «THE NIGHT»

Roger acudió de nuevo al club nocturno. Habían transcurrido dos días desde que descubriera en él a Ruth, dos días en que había vivido esperando tan sólo volver a verla, condensando todos sus anhelos en uno.

Cuando entró en el lujoso salón no había aún mucho público. La orquesta interpretaba unas piezas de concierto y los camareros malayos evolucionaban con su ceremoniosa agilidad, preparándolo todo con su eficiencia incomparable.

Roger se hizo acomodar en una de las mesas más próximas a la pista y muy cercana a la que ocupara, dos noches antes, Carlos Aguilar. Dio una espléndida propina al camarero y pidió que le sirvieran un «*whisky*». Luego, pacientemente, se dispuso a esperar la aparición de Ruth.

Poco a poco el local se fue llenando y un capitán y dos tenientes de su Brigada se sentaron a la mesa de Roger. Empezó el espectáculo. Danzarinas nativas bailaron sus danzas simbólicas, acompañadas por el son de exóticos instrumentos musicales. Se acercaba el momento en que debía intervenir Ruth. La mesa de Aguilar seguía vacía y, sólo cuando las luces se apagaron y se encendió el foco que debía iluminar a Ruth en su actuación, Roger se dio cuenta de que Aguilar ocupaba su mesa.

Entre aplausos apareció Ruth. Roger, viéndola a tan corta distancia, pudo constatar que no había cambiado en absoluto. Sus facciones suaves seguían teniendo el mismo candor juvenil que él recordaba y sus ojos brillaban llenos de pureza.

Sus dos interpretaciones obtuvieron el éxito acostumbrado. Un cerrado aplauso rubricó el final de su actuación y, como dos noches antes, Ruth se encaminó a la mesa de Carlos, quien la saludó galantemente.

Roger decidió actuar. Dirigió una rápida mirada a su alrededor hasta que distinguió al capitán Luke, el que había sido su acompañante en su primera visita a «The Night».

Éste le saludó atentamente y cortés se puso a su disposición, en cuanto Roger le pidió le presentara a Ruth, a pesar de que había cierta sonrisa de benevolencia en sus labios.

La ceremonia fue breve.

—Señorita: permítame que le presente a mi buen amigo el capitán Roger Darcy.

Ruth levantó los ojos procurando ocultar la turbación que le había producido el oír el nombre de Roger. Le miró, francamente, a los ojos y sus minadas se cruzaron, levemente desafiante la de ella y enigmática la de él.

Carlos Aguilar se levantó correctísimo. Con ojos cargados de ironía, presencié la presentación y no escapó a su aguda percepción el fugaz intercambio de miradas y la levísima retención de Ruth.

—El señor Aguilar; el capitán Darcy.

Ambos hombres se estrecharen las manos mientras se examinaban fríamente.

—Siéntese a nuestra mesa, por favor —dijo el español, galantemente— y tome algo con nosotros.

Roger se sentó mientras el capitán Luke se alejaba, regresando junto a sus amigos.

Por unos momentos reinó un silencio artificioso en la mesa. Había una extraña tensión que Carlos, diplomáticamente disimuló, iniciando la conversación.

—¿Nuevo en Singapur, capitán?

—Sí. He llegado hace unos días.

—Han llegado ustedes oportunamente. Los japoneses parece que se han enamorado de esta bella isla, dada la ansiedad con que se acercan a ella.

—Así parece.

—Debería haber conocido Singapur cuando aún no pesaba sobre ella ninguna amenaza de guerra. Era la ciudad más alegre que he

conocido en mi vida.

—¿Más alegre que sus ciudades andaluzas? —inquirió Roger, agradeciendo a Carlos el haber sabido encauzar una conversación, disminuyendo así la latente violencia. Ruth, entretanto, parecía interesarse por lo que ocurría en el local.

—Veo que ya sabe usted que soy español —comentó Carlos—. Las ciudades andaluzas a las que usted alude tienen un encanto peculiar, distinto a todos.

En esto la orquesta inició un bailable. Varias parejas empezaron a bailar sobre la reluciente pista y Roger, agradeciendo la oportunidad se inclinó hacia Ruth, invitándola a bailar.

Ruth se levantó de su asiento y avanzó hacia la pista. Carlos sonrió satisfecho. Su instinto no le había engañado cuando adivinó que entre el capitán y Ruth había algo y que no era aquélla la primera vez que se encontraban, ya que Ruth, hasta entonces, jamás había bailado en «The Nigh», con ninguno de los muchos que se lo habían solicitado. Se recostó en su asiento y, encendiendo un cigarrillo, fue siguiendo las evoluciones de la pareja.

Roger temblaba al notar entre sus brazos el cuerpo de Ruth. Le parecía imposible sentir su proximidad, aspirar su perfume, ver la cascada brillante de su pelo. Ruth, a su vez, sentía algo desusado. No había tenido tiempo de reflexionar sobre su encuentro con Roger. Su sorpresa fue enorme y, sin tener tiempo para reaccionar, se encontraba bailando con él. Siempre le había amado pero era demasiado grave la injuria que antaño le infiriera, jugando con su inocencia juvenil y abusando de su credulidad hasta hacerle concebir esperanzas.

Comprendía que debía abominar a Roger, pero al sentirse estrechada entre sus brazos, se apercibía de que jamás podría odiarle. Era algo superior a sus fuerzas. A pesar de ello su dignidad de mujer ultrajada le obligaba a tomar una actitud de suprema reserva y a cortar cuantas insinuaciones pudiera hacerle él.

La sombra de *mistress* Darcy se interponía aún entre ambos y cada uno se sentía molesto contra el otro, a pesar de que ambos anhelaban lo mismo.

Durante unos instantes danzaron en silencio, ante el asombro de todos los oficiales británicos; y muy especialmente del capitán Luke.

Fue Roger el que rompió el silencio.

—No sé si he hecho bien en querer acercarme a ti.

Ella le miró fijamente y, violentándose, contestó:

—No has hecho bien.

—He sentido una verdadera necesidad de hablar nuevamente contigo. Durante más de dos años me he estado, preguntando cuál sería tu paradero.

—¿Por qué?

—A pesar de lo que ocurrió entre nosotros siempre te he recordado con cariño.

—Claro.

Ruth se sorprendió ante el cinismo de Roger. La frase que él pronunciara la interpretó erróneamente, influida por el recuerdo de su última entrevista con la madre de él.

Roger, a su vez, se sorprendió ante el laconismo de la joven.

Él la consideraba culpable. Había desdeñado su cariño en el momento en que más lo precisaba y el telegrama y las cartas que le remitiera habían quedado sin contestación. Por eso ahora le sorprendía más la actitud de Ruth, fría y distanciante, como si en lo ocurrido hubiera sido él el culpable.

—¿Te molesta mi presencia en Singapur?

—¿Por qué va a molestarme? Me es absolutamente indiferente que estés en Singapur como en Calcuta.

Roger acusó el golpe. Comprendió que su madre tenía razón cuando afirmaba que Ruth nunca le había querido.

—Perfectamente. Pensé, iluso de mí, que tal vez te alegrarías de verme y que podría olvidar el pasado...

—¿Olvidar? —rió Ruth—. ¿De verdad crees que tienes algo que olvidar?

—No. Ya comprendo que me he equivocado. Te aseguro que no te molestaré jamás.

Terminaron el baile en silencio y, sin prisas, se encaminaron a la mesa. Carlos seguía sonriendo, con su fresca sonrisa de pirata, mostrando dos hileras de blanquísimos dientes.

Roger musitó unas palabras de excusa y se alejó precipitadamente.

Seguía flotando entre ellos un resquemor, injustificado que les impedía dar rienda suelta a la alegría que sentían por haberse encontrado. Pero esto era algo que ninguno de ellos sabía y cada

uno seguía acusando al otro de lo que antaño ocurriera.

Carlos acompañó a Ruth a su hotel. En el amplio vestíbulo se despidió de ella e iba ya a marcharse cuando algo que vio en los ojos de la joven le retuvo.

—¿Preocupada? —inquirió, mientras la conducía a un amplio diván donde ambos se sentaron.

—Cansada solamente —replicó Ruth, sonriendo con amargura.

—No me cansaré jamás de repetirte que debes dejar esta vida que llevas. Tu voz es magnífica, pero no debes prodigarla en estos clubs. Tu lugar es otro y te corresponde otra clase de existencia más apacible.

—Es posible que tengas razón, Carlos, pero debo luchar para ganarme la vida.

—Cásate conmigo y serás una reina —propuso el español sonriendo.

Ruth sonrió a su vez, antes de contestar.

—No insistas, Carlos. ¿Cuántas veces debo decirte que sólo me casaré cuando verdaderamente me enamore?

—Pero si huyes de todos los hombres nunca encontrarás el que te esté destinado.

—Tal vez no. Sin embargo, no puedo forzar mi conciencia. Hasta que te conocí jamás había tenido relación con hombre alguno. Tú me cautivaste con tu bondad y tu simpatía y confío en ti. Pero de aquí a casarme contigo media un abismo, ya que soy incapaz de engañarte y si me dejara convencer por tus ruegos en realidad te traicionaría, porque me consta que jamás llegaría a amarte.

Carlos asintió en silencio. Admiraba a Ruth, pero la respetaba y comprendía la verdad de sus razones. Sin embargo su corazón latía desacompasadamente cuando estaba cerca de la bella mujer y, con tristeza, tenía que reconocer que la amaba con locura.

Ruth siguió hablando. Tal vez le impulsó a hacerlo el ver la expresión triste de Carlos o tal vez obedeció a un secreto instinto de confiar su pena a alguien.

—Una vez me enamoré de un hombre. Tenía entonces diecinueve años y nada sabía del amor. Él era muy joven también y un día me confesó su amor y me juró que eliminaría cuantas dificultades pudieran obstaculizar nuestro camino. Yo le creí y correspondí a su fingido cariño con un amor inmenso. Se burló de

mí —la voz— de Ruth estaba repleta de amargura y el recordar el pasado le causaba verdadero dolor. —Un buen día desapareció sin despedirse y no tuve ninguna noticia de él. Yo era, entonces, la institutriz de sus sobrinos y perdí el empleo ya que la madre de él, comprendiendo la jugarreta de su hijo, se hizo cargo de lo violento que sería para mí permanecer en aquella casa. Me obsequió con un cheque a título de indemnización por los sinsabores sufridos. Aún lo guardo. Nunca lo cobré. Lo considero como un amuleto y siempre va conmigo, con mis documentos. Es una estupidez, ya lo sé, pero me parece tener un cierto consuelo al pensar que nunca acepté ni un céntimo de nadie de su familia—. Ruth hizo una larga pausa, mientras Garlos, profundamente conmovido, la miraba con ternura. —Aquel primer desengaño me hizo comprender muchas cosas. Siempre he recordado a aquel hombre y es muy posible que aún le ame aunque no quiera ni pensar en ello.

Carlos sacudió la ceniza del cigarrillo sobre el elegante cenicero de plata en el que se enroscaban unos dragones en relieve. Las palabras de Ruth le impresionaron vivamente y adivinó cuán grande había sido el desengaño de la joven.

Ruth siguió desgranando el rosario doloroso de sus recuerdos y amanecía ya cuando terminó sus confidencias.

Caries murmuró unas palabras de consuelo, sabiendo empero lo poco que podían valer unas palabras. Se levantó al levantarse Ruth y, mientras la muchacha se retiraba a descansar, él salió a la calle.

Un movimiento inusitado reinaba en Singapur. Camiones cargados de tropas pasaban veloces en dirección al norte, con numerosas piezas de artillería a remolque. Carlos comprendió que la amenaza que pesaba sobre la isla debía de haber cristalizado en algo positiva.

A gran altura pasaron unos aviones en dirección a Malasia.

CAPÍTULO XII

EL ATAQUE

La mayor parte de las tropas que batallaron con los japoneses al sur de la península de Malaca se replegaron a la isla de Singapur, uniéndose a las tropas que la guarnecían. Por el viaducto se fueron retirando, mientras algunas unidades seguían luchando, intentando retrasar el avance nipón. Se reunió así en Singapur una importante fuerza^[6] que era la que debía defender la isla.

Así las cosas amaneció el día 8 de febrero de 1942.

Al amanecer las patrullas comunicaron haber observado que el enemigo se estaba agrupando en grandes masas en las plantaciones al Noroeste de la isla. Poco después empezó un intensísimo bombardeo. Millares de granadas se abatieron sobre las posiciones avanzadas británicas y australianas, destrozando las frágiles fortificaciones, construidas a toda prisa.

El día transcurrió lentamente. Los soldados, escondidos entre la vegetación fijaban su mirada en las márgenes opuestas del estrecho canal, esperando ver aparecer, de un momento a otro, las avanzadillas japonesas.

Sin embargo, nada ocurría. Los japoneses no se dejaban ver y sólo la artillería daba señales de vida, bombardeando sistemáticamente las posiciones de los defensores.

Oscurció y con la oscuridad vino la calma. Cesó el rugir de los cañones y los soldados se apresuraron a rehacer, en lo posible, lo mucho que había destruido la artillería japonesa. Era preciso reconstruir los reductos, reafirmar los asentamientos de las armas automáticas. Los hombres, agotados por la tensión del día, debían

tomar las herramientas y trabajar sin descanso.

Los reflectores montados en las cercanías del canal lanzaban sus haces luminosos, alumbrando la superficie del agua, buscando al enemigo que en cualquier momento podía intentar dar el salto.

La 22 Brigada de Infantería australiana, ocupando posiciones al oeste del río Kranji, fue la primera en dar la alarma.

A las 10,45 de la noche el soldado Peter Smith vio un bulto fletando sobre el agua y avanzando velozmente hacia la costa. Dio el aviso y él reflector iluminó con su luz poderosa el objeto flotante: era una lancha blindada de desembarco.

Inmediatamente empezó a tronar la artillería. El canal se pobló de explosiones y a la fugaz luz eléctrica se vio avanzar, tras la primera, numerosas embarcaciones. Los japoneses atacaban Singapur.

La proa metálica de la primera lancha tocó tierra, empezando a saltar soldados japoneses. Sus botas se clavaban en el fango pero, a pesar de ello, se movían con gran desenvoltura.

Las ametralladoras abrieron el fuego sobre los asaltantes. Los japoneses, tumbados en el suelo, disparaban a su vez sus armas automáticas. Varios australianos, con su teniente al frente, se lanzaron sobre ellos y se trabó un violento combate. Los australianos luchaban bravamente, en silencio, contrariando con el bullicioso combatir japonés, ya que llenaban el aire con sus gritos de lucha.

Por un momento pareció que les australianos conseguirían vencer a los japoneses. Poco a poco les iban acorralando, haciéndoles retroceder hacia el borde del canal, pero en aquel momento otra lancha llegó en auxilio de la primera, saltando nuevos soldados a la lucha. La afilada bayoneta de un japonés se clavó en la garganta del teniente que, sintiéndose herido de muerte, aun tuvo tiempo de disparar su pistola con certera puntería sobre su agresor, ya que la bala se incrustó en el ojo izquierdo del nipón que, sin exhalar una queja se derrumbó sobre el fango, mientras su sonrisa se trocaba en una terrible mueca. El teniente, asimismo, cayó al suelo y sus dedos se crisparon sobre el fango en la terrible convulsión de la agonía. De la terrible herida de su garganta salía un chorro de sangre que se mezclaba con el barro de la marisma^[7].

Aquel combate era sólo uno de los muchos que en aquel

momento se disputaban y, en todos, los japoneses llevaban las de ganar. La brigada australiana muy dispersa, no podía ofrecer un frente continuo y las oleadas continuas de asaltantes cristalizaron en una serie de infiltraciones, alguna de ellas muy profundas.

Varias lanchas fueron hundidas y los japoneses sucumbieron a decenas sobre las fangosas aguas del estrecho de Johore. Muchos de ellos, a pesar de saber nadar, eran detenidos en su avance por las balas que les inmovilizaban y sus cuerpos muertos se hundían en el agua para reaparecer después flotando macabramente.

El brigadier Davidson, desde su puesto de mando, recibía las noticias de los combates sin poder reprimir su nerviosismo. Las noticias eran cada vez peores. Al parecer la 22 Brigada se había descohesionado y las tropas luchaban en pequeños grupos, defendiéndose de los cada vez más poderosos ataques nipones. Davidson dictaba órdenes continuamente y sus enlaces salían velozmente a cumplimentarlas. Era preciso, si se quería evitar un desastre, reorganizar la brigada.

A las dos de la madrugada llegó una de las peores noticias después de aquella en que se comunicaba que el enemigo había conseguido poner pie en tierra. El parte era escueto. Notificaba, con terrible laconismo, que las avanzadillas japonesas se acercaban a marchas forzadas al poblado de Ama Kang, importantísimo centro de comunicaciones en donde coincidían los caminos y carreteras de todo el sector.

Davidson dictó nuevas órdenes. Era preciso evitar que Ama Kang cayera en manos del enemigo, ya que representaría la pérdida de la iniciativa en aquel sector y permitiría a los asaltantes avanzar impunemente hasta el aeródromo de Tengah. Fué todo inútil. La columna que se mandó para defender el importante pueblo no llegó a tiempo. Los japoneses habían ya rebasado Ama Kang y por momentos su presión se hacía insoportable. Las lanchas de desembarco hacían continuos viajes y cada vez mayor número de soldados nipones llegaban a la isla.

Durante toda la noche siguió la tremenda batalla. Davidson consiguió, al fin, reunir las mermadas fuerzas de su brigada y oponer una resistencia mayor a los ataques japoneses mientras se iban replegando, siguiendo órdenes concretas de Percival, a una nueva línea prevista y que era la garganta de tierra relativamente

estrecha que se extiende entre los nacimientos de los ríos Kranji y Jurong. La 44 Brigada india fue a reforzar a la 22 australiana en las nuevas posiciones, agregándoseles, además, dos batallones de la reserva.

A las ocho de la mañana siguiente los japoneses atacaron el aeródromo de Tengah, venciendo la desesperada resistencia de sus defensores. Las instalaciones militares fueron voladas antes de ser abandonadas. Tremendas explosiones conmovieron el aire, mientras los enormes hangares volaban pulverizados por el efecto de las terribles cargas explosivas.

Cuando los japoneses entraron en el aeródromo, parecía haberse desatado el infierno. Enormes llamas eran las dueñas de los restos de las instalaciones y nuevas explosiones indicaban el estallido de las municiones almacenadas. Un enorme tanque de gasolina de aviación estalló, a su vez, y el fuego líquido incendió un considerable sector de bosque. Terribles gritos de agonía indicaron que varios japoneses se encontraban en él y morían abrasados vivos, sin poder huir de las llamas, que les cercaban por todos lados.

Veinticinco soldados británicos, encargados de la destrucción del aeródromo, cayeron en manos de los soldados atacantes que consiguieron, al apresarles, salvar una mínima parte de las instalaciones militares. Los ingleses había sabido obrar con rapidez y la táctica de «tierra calcinada» había sido llevada a cabo con gran pulcritud.

El general Wavell recibió el parte de guerra de Percival. Era lo suficiente explícito para hacer comprender lo, terrible de la situación. Era el principio del fin^[8].

CAPÍTULO XIII

NUEVOS AVANCES NIPONES

Durante el día 9 de febrero y después de la caída en manos japonesas del aeródromo de Tengah la actividad en el frente se redujo considerablemente.

Los ingleses, según el plan previsto, se dispusieron a resistir en la línea que se extiende entre los nacimientos de los ríos Kranji y Jurong, mientras los nipones, por su parte, reagrupaban sus fuerzas antes de proseguir el avance.

A pesar de la calma reinante en el frente, hubo enorme actividad aérea. Los aviones japoneses hicieron varios bombardeos sobre las instalaciones militares de Singapur, señalándose graves daños, pese a la enconada batalla que presentaron los cazas británicos.

El capitán Roger Darcy, junto con sus hombres, no había tenido aún ocasión de entrar en fuego. Tres batallones de la 18 División habían sido reservados para acudir al puesto que fuera más preciso para aliviar el agobio japonés.

Roger no se hacía ninguna ilusión. Habiendo pasado con éxito las tropas niponas el canal de Johore habían ganado la primera fase de la batalla y la capacidad de resistencia de las tropas que guarnecían la isla de Singapur debía basarse en que pudieran recibir refuerzos oportunamente.

Los tres batallones estaban acampados en las cercanías del poblado de Bukit Timah, relativamente cerca de la sinuosa línea de frente. Roger inspeccionó a sus hombres, procurando constatar el estado de ánimo de la tropa, sacando una desagradable conclusión. La voluntad de lucha parecía haber desaparecido de los británicos y

veían el futuro de una manera fatalista, demasiado conscientes de la gravedad de la situación.

Roger, torturado por sus problemas íntimos, encontraba cierto consuelo en tener otras preocupaciones que venían a disminuir las de tipo sentimental. Conversó largamente con sus hombres, procurando infundirles ánimo. Sus palabras sonaron convincentes y los soldados sintieron en sus pechos la llamita de su responsabilidad.

—Nos jugamos nuestro honor en Singapur —decía—. Los británicos debemos escribir nuestra página de heroísmo, defendiendo hasta la muerte Singapur. Los americanos nos están dando ejemplo en Luzón y es preciso que nosotros demostremos al mundo que nuestro heroísmo no es superado por nadie.

Los soldados asentían un tanto hoscos, agotados por tantos días de tensión. Sin embargo, era preciso levantar la moral de los combatientes y Roger conseguía sus propósitos. El general Percival, consciente de que sólo con un gran espíritu de sacrificio podría aguantarse la embestida japonesa, había dado la orden de que se procurara animar a los soldados y la consigna era llevada a cabo con gran entusiasmo por todos los oficiales.

Al oscurecer la situación permanecía estacionaria. Los cañones nipones cubrían con su fuego dos de los tres aeródromos que restaban en manos inglesas y sólo el tercero, el de la ciudad de Singapur estaba fuera de su alcance, pero sus pistas estaban completamente destrozadas por los bombardeos, siendo muy dificultoso el despegue y aterrizaje de los aviones.

A las 11 de la noche los japoneses volvieron a la carga. Nuevas oleadas, en lanchas de desembarco, atravesaron el canal atacando el sector guarnecido por la 27 Brigada Australiana, entre el viaducto y la desembocadura del río Kranji, separando así a esta brigada de la línea Kranji-Jurong y rompiendo la continuidad del frente británico.

Los tres batallones de la 18 División, entre los cuales se encontraba la compañía de Roger, fueron llamados con urgencia a intentar taponar la brecha.

El mayor del batallón, Henry Burton, dio las oportunas instrucciones y la tropa se puso en marcha.

—Creo que nos vamos a meter en un buen fregado —dijo a Roger—. Los japoneses, según parece, tienen algunos tanques que

son los que se encargan de romper nuestras líneas.

—Lo peor es que no tenemos cañones contra carros —comentó Roger.

—Exacto. Tendremos que intentar combatirlos con los morteros ligeros. Es nuestra única arma de defensa contra los blindados.

—Haremos lo que se pueda, señor.

—Así lo espero.

El mayor se alejó y Roger, al frente de sus hombres, siguió avanzando. El teniente Stokes, un joven londinés que en su vida civil había sido corredor de artículos domésticos, se puso a la altura del capitán.

—Esta vez va de verdad, señor.

—Sí, Stokes. Y muy pronto.

En efecto, a sus oídos llegaba distintamente fragor de la batalla y se veían algunos resplandores, claro indicio de que se acercaban al escenario del combate.

Roger dio una orden y los hombres se dispersaron. Avanzaban a la sazón por entre la intrincada maraña de una vegetación tropical. Su campo visual era reducidísimo, máxime con la oscuridad de la noche, y avanzaban guiados por el instinto y por el continuo fragor de la batalla.

—Aumenten las precauciones —ordenó Roger— y procuren no perder el contacto entre sí. Teniente, preocúpese de que la compañía, por el ala izquierda, mantenga cohesión con la cuarta.

Corriendo como un loco llegó un enlace de las patrullas que iban en vanguardia.

—Hemos entrado en contacto con la 27 Brigada, señor. A menos de medio kilómetro.

Roger mandó un enlace al mayor y se dispuso para rechazar a los japoneses que no podían tardar en llegar. Sus hombres se apostaron en la orilla de un breve claro, montando sus armas automáticas y emplazando los morteros.

Cinco minutos después llegaron los australianos. Venían combatiendo encarnizadamente, sin dejar de hostigar a las tropas japonesas que les perseguían de cerca. Por unos momentos reinó una gran confusión, ya que era tal la oscuridad que era casi imposible discernir si las figuras que se acercaban eran amigas o enemigas. Fué preciso que los australianos se dieran a conocer a

grandes gritos y, aliviados al encontrar a los ingleses, se apretujaron a su lado, dispuestos a rechazar el ataque que no podía tardar.

Un teniente australiano se colocó junto a Roger. Su brazo izquierdo pendía inerte, pero en la diestra esgrimía firmemente su pistola.

—Hay que ver cómo lucha esta gente —comentó—. Parecen gatos. Avanzan en la oscuridad sin dar un solo tropiezo y saben rehuir los terrenos peligrosos con un instinto inexplicable. Enseguida estarán aquí.

No había terminado de hablar cuando aparecieron los japoneses. Roger, forzando la vista, pudo ver unas sombras que se movían. Su mano se crispó en demanda de atención sobre el brazo del australiano.

—Sí, son ellos —replicó— ya están aquí.

—¡Fuego!

El bosque se llenó de rumores. La lívida luz de los fogonazos iluminaba los rostros de los combatientes.

Varios bultos se plegaron sobre sí mismos, pero los demás fueron avanzando. Roger vislumbró, fugazmente, el brillo de una bayoneta y tuvo tiempo de hacer una finta para esquivarla. Un grupo de japoneses se arrojaba encima de ellos. Con un esfuerzo hercúleo consiguió agarrar al nipón que, de nuevo, esgrimía su afilada arma contra él. Sintió su respiración jadeante y notó los esfuerzos que hacía para librarse de su presa. Roger, con desesperación, notó que se le escurría y de nuevo la bayoneta, esgrimida con habilidad, buscó su cuerpo, pero Roger, apoyando su pistola en el pecho del japonés oprimió el gatillo, sintiendo que el enemigo se estremecía antes de caer muerto.

Sin poderse tomar el más breve respiro tuvo que luchar de nuevo. Otro japonés, fuerte y musculoso, se arrojó sobre él. Roger, cogido de sorpresa, cayó debajo de su enemigo y su pistola se escapó fuera del alcance de su mano. Luchó con desesperación sabiendo que de un momento a otro podía llegarle la muerte. Toda su fuerza la empleaba para evitar que el cañón del arma enemiga pudiera apuntarle, ya que, en aquel momento, todo habría acabado para él. Su rostro congestionado estaba escasamente a unos centímetros del soldado nipón. Podía ver, claramente, el fulgor de sus ojos almendrados y la cruel sonrisa de su boca de labios finos y

comprendió, claramente, que sus fuerzas cedían. Inexorablemente el negro cañón se iba acercando a él y pronto llegaría el, momento en que su enemigo podría apretar el gatillo. El teniente australiano le salvó. Con un certero disparo acabó con el japonés. Roger pudo apreciar el momento en que la bala se abrió camino entre los crueles ojos y pudo ver la tremenda expresión de sorpresa que experimentaron las facciones del japonés.

De un salto se puso en pie, arrojando a un lado el cadáver, mientras sin mirar al australiano le decía con emoción:

—Gracias.

Nadie le replicó. Cuando el fragor del combate se alejó un tanto, Roger buscó a su salvador. Cuando le encontró sintió una punzada dolorosa en su corazón: el valiente teniente que salvara su vida no supo guardar la suya y yacía, boca arriba, con los ojos muy abiertos, mirando, sin ver, el espléndido fulgor de las estrellas.

El heroísmo de los tres batallones de la 18 División consiguió retrasar el ataque japonés hasta que clareó el nuevo día, pudiéndose entonces ver los resultados de la terrible batalla nocturna.

El claro del bosque estaba lleno de cadáveres de ambos bandos y, entre los árboles, numerosos heridos esperaban el momento de ser evacuados a Singapur. Los soldados del Imperio Británico cumplían su consigna^[9].

CAPÍTULO XIV

AMENAZA A SINGAPUR

El general Percival estaba preocupado. Las dos direcciones del ataque japonés indicaban, a las claras cuáles eran sus propósitos. Sus avanzadillas se acercaban peligrosamente a los tres embalses^[10], emplazados en el punto más elevado de la isla, y cuya ocupación representaría un golpe mortal para Singapur, que impediría el normal abastecimiento de agua^[11].

Las noticias cada vez eran peores. Al anochecer del 10 de febrero los nipones ocupaban Bukit Timah y cortaban la carretera que desde el viaducto conducía a la ciudad.

El día 11 los japoneses consiguieron reparar el viaducto que franqueaba el estrecho y que había sido volado, avanzando por ella, con toda facilidad, los Guardas Imperiales, en ayuda de los compañeros desembarcados.

El día 12 el III Cuerpo Británico se replegó a las cercanías de la carretera de Bukit Timah, ocupando un frente hasta los dos embalses defendidos por la 53 División.

Durante este mismo día Roger fue llamado al puesto de mando de la división. Un brigadier muy atento le expuso, en breves palabras, el motivo por el cual había sido llamado.

—Los japoneses —dijo— con una ofensiva de gran estilo han puesto en inminente peligro nuestra posición en la isla de Singapur y por ello, y en cumplimiento de planes previamente trazados, van a ser evacuados, ahora que aún hay tiempo, todos aquellos hombres que sean precisos para la continuación de la guerra, evitando así que caigan en manos del enemigo.

—¿Tan mal está la cosa? —inquirió Roger con desaliento.

—No puede estar peor. Esto se acaba y no creo que transcurran muchos días antes de que nos veamos obligados a capitular. ¿Quisiera usted ser evacuado a Sumatra? En la división está usted considerado como uno de nuestros mejores oficiales y es preciso darle la oportunidad.

Roger no vaciló ni un momento. Su respuesta fué un tanto seca.

—No, señor. Si se me permite seguiré luchando hasta el final en Singapur.

—Perfectamente, capitán. Crea que, por mi parte, celebro que usted se quede, ya que se avecinan días en que nos puede hacer mucha falta aquí. Sin embargo, he cumplido con mi deber al proponerle su evacuación^[12].

—Lo comprendo y lo agradezco, señor.

Roger sonrió aliviado. Era preciso que él restara en Singapur hasta el fin. Su espíritu indomable así lo exigía y, además, el recuerdo de Ruth le hubiera impedido alejarse de allí.

La ofensiva japonesa siguió su avance victorioso. El día 14 las tropas británicas se replegaron a las colinas que circundaban la ciudad de Singapur.

La 10 División, mermada por un gran número de bajas se instaló en las nuevas posiciones, dispuesta a aguantar la embestida final.

Roger, en un momento de descanso, contempló a la ciudad desde la altura del Monte Faber. Singapur ardía por los cuatro costados, destrozada por los incesantes bombardeos y las numerosas granadas de artillería que se abatían continuamente sobre sus construcciones. Asimismo, en la zona portuaria se veían grandes incendios, provocados por la demolición sistemática de cuantas instalaciones pudieran ser de utilidad a los japoneses. Los grandes depósitos de gasolina de aviación llenaban el aire de un humo negro y pestilente, al arder en gigantescas llamas de color azulado. Todos los hombres comprendían que se aproximaba el fin. Los semblantes eran hoscos y las conversaciones se hacían en voz baja. En el aire se mascaba la derrota y los soldados estaban desmoralizados.

—Al menos pasaremos a la ofensiva —se lamentó el teniente Stokes, sobresaltando a Roger que, enfrascado en sus pensamientos no había percibido el aproximarse del, oficial.

—Sí —asintió distraído—. Todos desearíamos poder contraatacar, pero examinando la situación sin apasionamiento, debemos convenir en que no haríamos más que precipitar el fin.

—Es posible, pero cuanto antes terminemos, mejor.

—No se preocupe, teniente —auguró Roger—, de todas maneras terminaremos muy pronto, ya que nuestra situación es insostenible.

—Es cierto...

Un nuevo ataque japonés interrumpió el diálogo. Ambos oficiales, sin perder tiempo, corrieron a las posiciones.

Por la pendiente que dominaban y entre la espesa vegetación avanzaban los guardias imperiales nipones.

Roger, con sus prismáticos, observó el avance. Las ametralladoras japonesas, escondidas entre las matas, abrían un fuego demoledor contra las leves posiciones británicas. Las balas silbaban en el aire, rebotando en las rocas con gemidos escalofrantes. Granadas de mortero, hábilmente dirigidas destrozaban las débiles fortificaciones, causando gran cantidad de bajas entre los defensores, pero Roger, inmutable, seguía el avance japonés, sin preocuparse del inmenso peligro que corría.

A través del ocular de sus prismáticos pudo ver, a la perfección, al oficial japonés que dirigía el asalto en aquel sector. Le vio gesticular mientras indicaba a sus hombres el camino a seguir, avanzando él delante, esgrimiendo en su diestra una enorme pistola.

Roger, dirigiéndose a uno de los soldados más próximos le pidió di fusil. El arma iba equipada con mira telescópica. Se puso el arma en posición correcta, apoyando la mejilla derecha sobre la culata y luego, a través del retículo, buscó su blanco.

Mientras, los japoneses seguían avanzando. Cada vez se aproximaban más y las ametralladoras y morteros batían, con intensidad creciente, las filas británicas.

Roger apuntó cuidadosamente. El oficial japonés asomó entre las grandes hojas de una lujuriosa planta Tropical, y Roger vio distintamente cómo daba nuevas instrucciones a sus hombres. Vaciló un momento y, ruando quiso disparar, el oficial había desaparecido miró la vegetación, notándose solamente su paso por el movimiento de las hojas. Dio una breve orden y las ametralladoras barrieron aquel sector con su plomo mortífero. Los

japoneses, agazapados, seguían avanzando sin ofrecer apenas blanco. Era desesperante para los defensores comprender que el peligro crecía por momentos, saber que el enemigo se iba aproximando atento para saltar encima de ellos, y, sin embargo, no saber exactamente por dónde aparecería.

Roger maldijo su vacilación. Si su dedo hubiera apretado el gatillo en el momento en que el oficial nipón se dibujaba en el retículo de su mira telescópica contarían frente a ellos con un enemigo menos que, según todas las apariencias, era uno de los principales directores del ataque.

Y, de pronto, le volvió a ver. Sin perder tiempo hizo reincidir la móvil figura con la cruz de la mira y apretó el gatillo. Por un momento creyó que no había dado en el blanco. El japonés aparentemente, seguía ileso. Le vio gesticular, pero su ademán se truncó de monto, mientras sus manos se apretaban contra el pecho, donde se había clavado el proyectil, en un vano intento de retener una vida que se escapaba. Luego, cayó entre la maleza, desapareciendo de la vista de Roger.

—Buen blanco, señor —manifestó el propietario del fusil, al devolvérselo Roger, ya que había seguido con interés la emocionante caza.

Y entonces, incorporándose súbitamente, aparecieron los japoneses, escasamente a treinta metros de las posiciones británicas. Eran muchos, incontables. Avanzaban corriendo ligeros, con sus bayonetas en ristre, mientras exhalaban su terrible grito de guerra.

Los ingleses aguantaron a pie firme. Incorporándose sobre sus breves posiciones empezaron a arrojar granadas de mano a los pies de los asaltantes.

El teniente Stokes, murmuró en voz alta:

—Vienen a centenares.

—No tanto, teniente. ¡Duro con ellos!

Roger daba el ejemplo a sus hombres. Agachándose, iba cogiendo bombas del gran cajón a tal efecto preparado y, sacándoles el seguro con los dientes, las arrojaba, sin tomar descanso contra los enemigos.

La primera línea de ataque japonesa vaciló. Muchos hombres yacían entre la hierba y los que quedaban, perdido el empuje inicial, dirigían angustiosas miradas hacia atrás.

Los británicos seguían disparando con terrible eficacia. A cada momento nuevos japoneses caían, bañados en su sangre, pero, cuando parecía que iban a emprender la retirada, nuevos refuerzos acudían, volviéndose a trabar un violento combate.

Al fin los ingleses de la 18 División tuvieron que abandonar las alturas del Monte Faber, retrocediendo a las afueras de Singapur. La ciudad estaba ya totalmente cercada.

CAPÍTULO XV

LAS ÚLTIMAS HORAS DE SINGAPUR

Amaneció el día 15 de febrero de 1942. Singapur era ya una ciudad muerta, sus calles estaban llenas de escombros y numerosos cadáveres sin tiempo para ser sepultados, yacían en grotescas posturas por todas partes. Desde las colinas cercanas los japoneses seguían bombardeando metódicamente las instalaciones militares de la plaza fuerte. La población civil permanecía aterrorizada, refugiada en sus casas, esperando el momento en que una bomba les destrozara y esperando, contra toda esperanza, una reacción del ejército británico que les permitiera sacudirse aquellas horas de terrible pesadilla.

Los soldados vagaban por entre las ruinas, descansando de su terrible cansancio y comiendo lo poco que la intendencia les proporcionaba, ya que los grandes depósitos de víveres o habían sido destruidos o habían caído en manos de los invasores.

Escaseaba el agua y los soldados tenían sed. Una sed aumentada por el acre sabor de la pólvora que secaba sus fauces.

Percival desde su puesto de mando dirigía la heroica resistencia de la plaza, sin que el más leve indicio de flaqueza pudiera leerse en sus ojos enrojecidos por el cansancio.

Sobre el mapa una línea punteada de rojo indicaba, las posiciones actuales de ambos contendientes y decía con terrible elocuencia la gravedad de la situación. En efecto, la línea roja, un tanto sinuosa, se ceñía como un cinturón al perímetro de la capital, entrando en algunos puntos en el interior de la zona residencial.

La situación llegó a ser tan crítica que provocó una información

del Gobernador de los Estrechos el Ministerio de Colonias, señalando los peligros de que se corría de que se desencadenara una terrible epidemia, dadas las terribles condiciones higiénicas y la abundancia de cadáveres insepultos.

El día 13 el general Percival había recibido un telegrama del general Wavell insistiendo en la defensa de Singapur. El telegrama era breve, pero dejaba una puerta abierta, en el sentido de que, una vez agotados todos los recursos, el ejército intentara abrirse paso, en pequeñas embarcaciones, hasta Sumatra. Claro esto que era imposible evacuar los enormes contingentes de hombres que se apiñaban en la capital cercada^[13].

Percival no perdió tiempo y contestó a Wavell. Su telegrama tenía un marcado carácter dramático. Contaba, escuetamente, la terrible situación de Singapur diciendo: «En tales condiciones es imposible que la resistencia pueda prolongarse más de un día o dos. Mis comandantes subordinados son de la opinión unánime de que el tiempo que se gane no compensará los grandes daños y las cuantiosas bajas que sufrirá la ciudad de Singapur» y terminaba con estas palabras: «¿No querría usted considerar la conveniencia de otorgarme poderes discrecionales?» (textual).

Mientras esperaba la respuesta de Wavell, Percival ordenó que se siguiera resistiendo.

Los soldados británicos, australianos, malayos e indios, se instalaren en las primeras casas de Singapur, con la decisión de llevar la resistencia hasta el extremo de hacer luchar al enemigo, casa por casa y calle por calle.

La 18 División defendía el acceso sur oeste de la capital y la compañía del capitán Roger Darcy, ocupaba la carretera real, prolongación del célebre paseo marítimo «Beach Road».

Roger estaba desfigurado. Aquellos días de terrible tensión nerviosa le habían envejecido. En su rostro macilento sólo conservaban su antiguo aspecto sus ojos brillantes, llenos de vigor y de energía.

Desde un edificio, medio derrumbado, contemplaba la carretera, a la sazón limpia de enemigos. Su mente se torturaba preguntándose cuál habría sido la suerte de Ruth, en aquellos días en que la ciudad había sido sometida a tan devastadores ataques aéreos.

A su lado el teniente Stokes, medio tumbado sobre unos sacos vacíos, permanecía con los ojos cerrados, dormitando tal vez.

A lo lejos apareció un tanque japonés. Avanzaba a toda velocidad y tras él se veía a los soldados nipones, con las armas preparadas para un nuevo asalto.

Roger dio un golpe a Stokes que, sobresaltado se puso en pie de un salto.

—¿Otra vez? —inquirió mientras empuñaba su pistola.

—Si.

Frente al tanque que avanzaba se abrió un abanico de fuego. Un anticarro había abierto el fuego, fallando solo por breves decímetros. El carro disparó a su vez y Roger vio perfectamente estallar su granada en medio de los artilleros que servían al anticarro. La pieza quedó destruida y los soldados destrozados por la explosión.

El tanque, imparable, siguió su avance sin ser molestado. Roger, comprendiendo la gravedad de la situación, subió con tres hombres las escaleras del edificio, apostándose en una de las ventanas del primer piso. El tanque debía pasar por debajo. Medio volcado en el ámbito de la ventana, Roger preparó una granada de mano, dispuesto a arrojarla al paso del blindado japonés. Los nipones se dieron cuenta de la intención del capitán y con sus ametralladoras abrieron el fuego contra él. Las balas repiqueteaban en el estuco, levantando nubes de polvo. Uno de los soldados, sin exhalar un solo gemido, se derrumbó alcanzado en plena frente por una bala. Otro se encogió mientras su brazo izquierdo pendía inerte a lo largo del cuerpo y una ominosa mancha de sangre iba creciendo en la manga de su guerrera.

Roger se retiró, buscando el refugio de la pared, sin dejar, empero, de atisbar el paso del tanque. Las balas entraban por la ventana, rebotando en las paredes de la habitación e incrustándose en los lujosos muebles. Roger oyó gritos de muerte y comprendió que los nipones estaban luchando con los defensores del inmueble, en los bajos. Los disparos sonaban por doquier. Nuevamente echó una ojeada y, desafiando el peligro, se asomó a la ventana arrojando la granada sobre el tanque. Estalló con una explosión aterradora, pero Roger no pudo pararse a ver cuál había sido el resultado, ya que en aquel momento una bala se clavó en su brazo.

Sintió el choque, pero no dolor ninguno. Cuando quiso agarrar una nueva granada el brazo se negó a moverse, mientras un dolor terrible le hacía exhalar un quejido.

El soldado ileso y el herido le miraban con rostros demudados. Roger, haciendo un esfuerzo, les sonrió, mientras musitaba:

—Vamos abajo. Es preciso que auxiliemos a nuestros compañeros.

Empezaron a bajar las escaleras, con las armas preparadas. No era preciso empero. En la planta baja la lucha había sido feroz, pero breve. Los japoneses que habían entrado en el edificio habían muerto, a excepción de dos que, atentamente vigilados por un soldado, sonreían tranquilamente en un rincón.

El teniente Stokes yacía retorcido en el suelo, en medio de un charco de sangre. Los soldados permanecían a la expectativa, oteando por las ventanas. Al entrar el capitán uno de los soldados le sonrió. Roger señaló al teniente y preguntó, a pesar de que sabía la respuesta:

—¿Muerto?

—Sí, señor. Una bayoneta se le ha clavado en el corazón.

Una hora más tarde llegó la orden de evacuación y Roger, con un vendaje de urgencia, dio las órdenes oportunas y los soldados empezaron nuevamente a retroceder hacia Singapur. Las nuevas posiciones que tomaron estaban ya dentro de la ciudad.

CAPÍTULO XVI

LA RENDICIÓN

Wavell, desde el lecho en que reposaba, por culpa de su fractura, redactó un nuevo telegrama a Percival^[14].

En él dejaba en libertad al general para cesar en la resistencia, encomiándole, empero, a que procurara por todos los medios infligir las mayores pérdidas y daños al enemigo y ordenándole que antes de rendirse se destruyera de una manera sistemática cuantas armas, equipos y transportes pudieran ser de algún valor para el enemigo. El telegrama terminaba así: «Antes de cesar en la lucha habría de dar oportunidad a cualquier hombre o grupo de hombres que desearan intentar escapar por cualesquiera medios posibles. Deberán dárseles armas. Infórmeme de sus intenciones. Pase lo que pase, le doy las gracias a usted y a todos sus soldados por los bravos esfuerzos de estos últimos días» (textual).

Percival recibió el telegrama a mediodía del domingo 15 de febrero. Inmediatamente reunió a los jefes superiores quienes le expusieron que entre las dos alternativas, contraataque o rendición, la primera ya no entraba dentro de la capacidad de las agotadas tropas.

En consecuencia Percival envió parlamentarios a los japoneses, dispuesto a rendirse, mientras cursaba las oportunas órdenes para que cuantos hombres quisieran intentar la huida lo hicieran antes de la rendición^[15].

Cuando Roger se enteró de la decisión de Percival quedó pasmado. En su mente no podía caber la idea de entregarse a los japoneses y de ser prisionero de ellos y, por tanto, sin dudarlo se

acogió a la orden del general, decidiendo escapar.

Se hizo curar el brazo y se adueñó de una pistola ametralladora y gran cantidad de municiones, dispuesto a buscar una grieta en el cerco japonés, para intentar la evasión. Antes, empero, se dirigió al hotel donde se hospedaba Ruth, deseoso de llevársela con él y alejarla de la ciudad maldita.

Cuando pisó el lujoso vestíbulo a la primera persona que vio fué a Carlos Aguilar, impecable dentro de su traje de *sport*. Miróse de reojo en un espejo y quedó sorprendido de su aspecto. Una barba de varios días ensombrecía sus mejillas y sus facciones estaban endurecidas por la terrible fatiga.

Aguilar le reconoció y avanzó a su encuentro.

—¿No se encuentra usted bien? —inquirió con ansiedad.

—Sí, gracias. Estoy muy bien. ¿Podría indicarme dónde está Ruth?

—Claro que sí —replicó el español—. Allí está.

Roger siguió con la mirada el ademán de Carlos y la vio. Estaba sentada en un diván, leyendo una revista. Se acercó a ella rápidamente, seguido por el español que le observaba curioso.

—¡Ruth!

La muchacha levantó la cabeza sobresaltada. Sus ojos se agrandaron ante la sorpresa e, incapaz de dominar sus emociones, se puso rápidamente en pie, preguntando ansiosa:

—Roger. ¿Tú aquí? ¡Estás herido!

—No es nada, Ruth. —Roger hablaba rápidamente, satisfecho por la espontánea reacción de Ruth—. No podemos perder ni un minuto. Vengo a buscarte. Debemos abandonar Singapur antes de su rendición.

—¿Vamos a rendirnos? —inquirió Ruth con verdadero asombro.

—Sí. Hoy mismo los japoneses estarán aquí. Yo no quiero rendirme y pasar el resto de la guerra en un campo de concentración y he decidido huir, pero te lo ruego por lo que más quieras, tú debes venir conmigo.

—¿Y cómo huirán? —terció Carlos—. La ciudad está cercada y las bases próximas muy lejos de aquí y con la escuadra japonesa vigilando.

Roger miró fijamente al español, antes de replicar.

—No sé cómo lo haremos, pero no podemos permanecer en

Singapur.

Un terrible estrépito le interrumpió y varios cristales se rompieron ante el fragor de una explosión cercana.

—¡Tampoco pueden huir a tontas y a locas! Vaya usted, si quiere, de cara a la muerte, pero deje tranquila a Ruth que, al fin y al cabo, no corre ningún peligro en la ciudad.

El español hablaba con acritud y Roger sintió una profunda indignación y resentimiento contra él, al verle tan sereno en aquellos momentos de angustia. Cuando replicó lo hizo airadamente.

—¿Es que no tiene usted sangre en las venas? —inquirió irritado—. ¿Le gustará permanecer bajo una ocupación enemiga?

—Olvida usted, querido Roger, que mi patria es neutral en esta guerra y que ambos bandos merecen para mí el mismo respeto, aunque mis simpatías puedan inclinarse hacia ustedes. —Carlos hizo una pausa mientras sonreía—. Además, mi sangre es latina y circula a torrentes impetuosos por mis arterias. La «flema», señor Darcy, es un atributo de su raza.

—Pero... ¿Y Ruth? ¿Es también de un país neutral?

—Podría serlo si quisiera —insinuó Carlos— pero no, no lo es. Bien. Llévela consigo si ella quiere. ¿Quieres ir con él, Ruth?

Ruth, después del momento primero en que fué incapaz de ocultar sus emociones, había recobrado su aplomo y su antiguo resentimiento por Roger. Así es que replicó un tanto fríamente:

—No creo que el señor Darcy pueda llevar a cabo su idea, aunque, la verdad sea dicha, no me gusta la idea de vivir en un Singapur en poder de los japoneses.

—¿Vienes conmigo entonces?

—¿A una muerte cierta? —inquirió Carlos con ironía.

—Nada le he preguntado a usted —replicó Roger con brusquedad.

—Pero yo le contesto, señor. Es preciso que comprenda que no puede llevar a una mujer a una aventura de esta naturaleza. Sé que usted es un hombre digno y valeroso hasta la exageración, pero no basta con esto. Sin conocer muy a fondo el terreno que pisamos no se puede intentar huir.

—¿Tengo que entregarme, entonces? ¿Debo pasar por alto los deseos de Ruth que bien claramente ha manifestado sus pocas ganas

de permanecer aquí?

—¿De verdad quieres irte, Ruth? —preguntó Carlos dirigiéndose a la joven y prosiguiendo ante el signo de asentimiento de ella—. Bien, capitán, usted ha ganado. Vamos a salir de Singapur. Sólo yo puedo sacarles de este aprieto. Ruth, recoge lo más esencial y usted, capitán, prepárese. Saldremos en mi balandro antes de que sea demasiado tarde.

Roger miró fijamente al español. Con un gesto espontáneo le tendió la mano que Carlos estrechó fuertemente.

—¿No se arriesga usted mucho? —inquirió el inglés.

—No lo crea, capitán. Peores riesgos he corrido en mi vida. Dentro de un momento estoy con usted.

Roger tuvo que esperar breves momentos. Cuando Carlos volvió vestía un fuerte traje de pana y en su cinto asomaba la culata de una pistola.

Poco después apareció Ruth y los tres emprendieron el camino del puerto. Las calles estaban desiertas y varias veces les dieron el alto, pero Roger, en su calidad de capitán, hizo que les dejaran pasar a los muelles. El balandro de Carlos se balanceaba entre varios juncos chinos. Subieron a bordo y sin pérdida de tiempo emprendieron la navegación. Eran las siete de la tarde.

A las 8,30 las tropas de Singapur se rendían incondicionalmente ante los japoneses.

La batalla de Singapur había terminado.

Sólo ocho días había podido resistir la temida fortaleza de Oriente.

CAPÍTULO XVII

NUEVOS RECELOS

Durante toda la noche el balandro de Carlos navegó por el Mar de la China, cortando con su esbelta proa las agitadas aguas.

Navegaban en completa oscuridad, para evitar el peligro de caer en manos de algún patrullero japonés, Vigilantes en aquellos mares, sabiendo que muchos fugitivos intentarían huir de Singapur.

El trepidar del motor era el único ruido que se oía a bordo. Las velas recogían la suave brisa y empujaban a la embarcación que con ambas fuerzas combinadas avanzaba a una considerable velocidad.

En el timón Carlos mantenía sus ojos fijos en la brújula, corrigiendo el rumbo mientras a su lado, Roger fumaba un cigarrillo. Ambos hombres callaban, enfrascados en sus pensamientos. Abajo en la cámara Ruth dormía o, mejor dicho, descansaba tumbada en la amplia litera mientras rememoraba las incidencias de aquella turbulenta jornada. Por el aparato de radio de a bordo se había enterado de la rendición de Singapur, dándose cuenta de que habían podido huir con el tiempo justo.

Lentamente pasaron las horas. Por oriente clareaba el día y el mar se teñía de un encendido color escarlata.

Roger se movió inquieto, preguntando a Carlos:

—¿Dónde vamos?

—A Malasia —contestó brevemente el español.

—¿A Malasia? —inquirió Roger sobresaltado—. ¡Si está en poder de los japoneses!

—Ya lo sé, pero es sólo técnicamente. Las selvas malayas son muy extensas y los nipones no pueden controlarlo todo. Era la única

posibilidad de salvación. Si hubiéramos intentado ir a Sumatra o a Java a estas horas ya habríamos caído en manos de los sonrientes hijos del Imperio del Sol Naciente. Así, yendo a la península, tenemos la posibilidad de salvarnos ya que nunca pasará por sus mentes que vayamos a arrojarlos a la boca del león y, una vez allí, ya me encargaré yo de que podamos vivir tranquilos unos días, los suficientes para que ellos abandonen su vigilancia.

Roger no replicó. Comprendía a la perfección las razones del español y se sentía admirado ante su presencia de ánimo. Más tarde pudo comprobar hasta qué punto había acertado Carlos al sacar sus conclusiones, ya que multitud de embarcaciones llenas de fugitivos fueron hundidas o apresadas por los japoneses^[16].

A media mañana llegaren a la costa. La selva llegaba hasta el mismo mar y a simple vista era imposible avistar ningún lugar hábil para el ataque de la embarcación. Carlos, empero, con su especial habilidad, condujo la embarcación hasta una estrecha garganta y enfilando entre dos rocas enormes apareció a los ojos asombrados de Ruth y Roger una pequeña cala de aguas limpiísimas.

—Son los primeros hombres blancos, después de mí, que conocen este refugio. Se pasarían horas buscando la entrada de la cala sin encontrarla ya que yo la descubrí, hace ya varios años, por pura casualidad y me gustó tanto que construí en ella una pequeña cabaña que ahora se honrará en tenerles como huéspedes.

Efectivamente, después de haber asegurado el balandro en un pequeño muelle natural, Carlos les guió por una casi invisible vereda y apareció ante sus ojos la cabaña a que se había referido.

Estaba construida con gruesos troncos, pero ofrecía un hospitalario aspecto. Cómodamente sentados en rústicos sillones los tres fugitivos gozaban de la excelente sensación de sentirse a salvo después de navegar durante toda la noche y buena parte de la mañana con él temor de ser descubiertos.

Carlos les ofreció una copa de «whisky» que Roger paladeó con delectancia.

—Excelente licor —manifestó sonriendo—. Es usted el hombre más extraño que he conocido jamás. A su lado se vive con la continua impresión de que va a suceder un milagro.

—No llega a tanto mi poder. Lo que usted ve es sólo el fruto de muchos años de correrías y ganado todo a pulso.

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento. Sin su auxilio estaría en Singapur prisionero de los japoneses o habría muerto intentando la fuga. Lo que lamento es que por mi culpa haya tenido usted que desplazarse cuando, posiblemente, su presencia era necesaria en sus negocios de Singapur.

—No se preocupe por ello. Lo único que debe considerar es que me creí en la obligación de obrar así al ver su tesorero empeño de no caer en manos niponas. Siempre he admirado el valor y me ha gustado ayudar a los hombres que en un momento de peligro saben reaccionar virilmente. Además, hablando con entera franqueza, me gustó enormemente su rasgo al, prescindiendo del natural egoísmo, pensar en Ruth y en los peligros que podía correr en Singapur —el español se levantó, mientras encendía su pipa—. Y ahora debo ausentarme por unos momentos. Adiós.

Carlos salió de la cabaña tomando un sendero apenas visible entre la selva.

Ruth y Roger permanecieron sentados, en el mismo lugar, sin que ninguno encontrara palabras que pronunciar. Los acontecimientos se habían desarrollado con una velocidad tan vertiginosa y habían vivido unos momentos de dramatismo tan intenso que ahora, recobrada la calma y un ritmo normal de vida, se encontraban embarazados uno en presencia del otro y los resquemores en que la tensión de las horas pasadas habían prácticamente desaparecido, surgían ahora con la misma intensidad que antes.

Ruth miró con recelo a Roger, observando su enérgico perfil y procurando no dejarse seducir por su encanto ya que su orgullo ultrajado le hacía rememorar, con vivez, aquellas horas de humillación en White Manor.

Roger fumaba un cigarrillo y procuraba no mirar a la muchacha, sabiendo, de una manera instintiva que ella volvía a despreciarle y que aquellas palabras cordiales que pronunciara en Singapur obedecieron tan sólo a un interés pasajero en lo anormal de las circunstancias.

La situación se hacía violenta por momentos. Ambos jóvenes permanecían callados, pendientes el uno del otro, y sin querer dejar paso a su corazón a un afecto que les hubiera llenado de felicidad.

Al fin, Ruth, incapaz de permanecer ni un minuto más en aquel

ambiente hosco, sin pronunciar palabra, se retiró a una de las habitaciones.

Roger se encogió de hombros y tomando la botella de «*whisky*» se sirvió una buena ración, encendiendo un nuevo cigarrillo y, recostándose en el sillón malhumorado, apuró el fuerte licor de un solo trago.

Cuando Carlos, después de tres horas de ausencia, regresó a su cabaña, se detuvo en el umbral al oír las alteradas voces de Ruth y Roger.

Distintamente llegaban las palabras a sus oídos e, incapaz de contener su curiosidad, Carlos escuchó las frases violentas que cambiaban.

—Es inútil, Roger —la voz de Ruth sonaba airada—. No intentes resucitar un pasado que no debió existir jamás.

—¿Qué quieres entonces? Nunca debería haber vuelto a tu lado, era mejor que me hubiera conformado con no verte jamás, pero ahora que te he encontrado, soy incapaz de callarme lo que siento por ti.

—¡Claro! —Ruth se burlaba de Roger—. Ahora pretendes que, porque así te conviene, olvide todo lo que ocurrió y te diga con voz suave y dulce que nada ha pasado entre nosotros. No, no lo lograrás —terminó con energía—. Es muy difícil que una persona caiga dos veces en el mismo error sin que se le pueda decir que ha cometido una estupidez.

—Haz lo que te plazca. Eres muy dueña de hacer tu voluntad, más ten en cuenta que me he humillado y te he suplicado, pero que nunca más volveré a hacerlo. Tú tienes tu orgullo, pero yo tengo el mío y sé prescindir de todo aquello que pueda causarme alguna molestia.

—De acuerdo, Roger. Sigue tu camino que yo seguiré el mío que, por desgracia, ya una vez se cruzaron nuestras vidas.

—¡Calla! ¡No puedo tolerarte que sigas disparatando! —Roger gritaba, perdido ya todo control—. Cualquiera que te oyera creería que tienes tú la razón y que yo soy el culpable de todo cuanto ocurrió.

—¡Y lo eres! ¿O es que te atreverás a negarlo? Mira, Roger, no hablemos más, ya que cada vez es mayor el abismo que nos separa. Lo menos que podías haber hecho es reconocer tu falta.

—¿Mi falta? —balbució Roger, incapaz de dar crédito a las palabras de Ruth—. ¡Basta! No te burles de mí, no tienes derecho a hacerlo.

Roger dio un portazo y abandonó la habitación. Inmediatamente entró Carlos, sorprendiendo a Ruth en el momento de enjugarse unas lágrimas. Ella, al verle, se ruborizó y en sus ojos se pintó una clara interrogación, como preguntando al español qué había oído.

—Sí, Ruth. Lo he oído todo.

—¿Y...? —'inquirió Ruth.

—Y he comprendido la verdad.

—Es él. Su figura se ha interpuesto en mi camino nuevamente.

Carlos asintió gravemente, comprendiendo la pena de la joven y sintiéndola como algo propio. Luego preguntó, convencido de antemano de cuál sería la contestación de Ruth:

—Y tú le amas aún. ¿No es esto?

—Sí, Carlos. Ésta es mi mayor cruz.

—O tu mayor felicidad —terminó Carlos enigmáticamente, mientras desaparecía en dirección a la cocina.

CAPÍTULO XVIII

HORAS DE INCERTIDUMBRE

Carlos expuso, en breves palabras, el resultado de su pequeña exploración a Roger. Ambos hombres estaban sentados frente a la casa, encima de un tronco de árbol.

—He visitado a unos amigos míos en el poblado de Uhhal, emplazado escasamente a dos millas de aquí. Me recibieron con toda cordialidad y estuve charlando con ellos durante un buen rato. Mi impresión es que no estamos tan a salvo como creíamos.

—¿Qué ocurre, pues? —inquirió Roger, intrigado por las palabras de Carlos.

—Los japoneses merodean con frecuencia por el poblado hasta el punto de que, a diario, una patrulla de soldados se acerca a vigilar las actividades de los nativos. Naturalmente esto es algo muy desagradable para nosotros ya que, caso de que seamos descubiertos, seríamos apresados inmediatamente.

—Sí, comprendo —asintió el capitán— pero ¿qué podemos hacer para evitarlo?

—Esto es lo peor de todo. No podemos hacer nada. Debemos esperar el curso de los acontecimientos y rogar a Dios que mientras permanezcamos aquí no se les ocurra a los japoneses acercarse por estos alrededores.

—¿No podemos huir en el balandro?

—Imposible. El mar está vigilado aún y no llegaríamos muy lejos sin ser descubiertos.

—Bien. Usted dirá qué resolución toma.

—¿Qué resolución puedo tomar?

—Usted no tiene ninguna culpa en lo que ocurre, ya que tan sólo se limitó a ayudarme y, por tanto, no quiero ser el culpable de que le pueda ocurrir algo desagradable.

—No desvaríe, capitán. Estamos todos metidos en el mismo fandango y juntos debemos terminar el baile. Es de justicia.

—No, Carlos. Esto es algo que yo no toleraré jamás. Usted no debe arriesgar más de lo que ya lo hizo. Si ocurre algo desagradable y los japoneses llegan hasta aquí me defenderé, si con ello no puedo causarle ningún perjuicio, pero preferiré entregarme antes de que usted tenga que pagar por mi culpa.

Carlos escuchó las palabras de Roger, sonriendo irónicamente.

—Usted no se entregará —dijo—. Yo, cuando decido algo lo cumplo y me he jurado llevarle a usted sano y salvo a una base inglesa y, pese a quien pese, lo haré.

—Es que...

—No, capitán —sonrió Carlos—. Usted mandará en su ejército, pero aquí mando yo. Lo interesante es elaborar un plan para poder actuar en el momento en que se presenten los japoneses, caso de que lleguen a descubrirnos. Yo he pensado, pero quiero que usted me de su opinión, en obrar de la siguiente manera.

—Le escucho.

—¿Sabe usted pilotar el balandro?

—Sí.

—Magnífico. Esto es algo muy interesante ya que facilitará enormemente mi plan. En cuanto se presente el peligro usted procurará llevar a Ruth a la embarcación, poniendo el motor en marcha mientras yo procuro retener a los japoneses que, siendo yo español, no podrán hacerme objeto de malos tratos. Luego yo me reuniré con ustedes y procuraremos salvar el bloqueo y llegar a Java.

—¿No será esto muy peligroso para usted? —inquirió Roger, preocupado.

—No lo crea. Yo sé de sobras, la manera de tratar a estos orientales y lo esencial es que consigamos salvar a Ruth.

—Desde luego. Ruth antes que nada.

—Exacto. Ruth representa mucho para usted, ¿verdad? —preguntó Carlos, con clara indiferencia.

—¿Por qué me pregunta esto? —Roger, súbitamente tenso y

vigilante, hizo la pregunta con voz nerviosa.

—Por nada, capitán. Comprenda que no soy ciego y que el solo hecho de que en los últimos momentos de Singapur se acordara de ella representa ya algo.

—Es cierto —concedió Roger—. ¿Por qué voy a intentar negarle? Ruth representa mucho para mí.

—Y todo cuanto usted haga por ella es poco. Ruth es la mujer más buena del mundo.

—Sí —asintió Roger, no muy convencido.

—¿Es que no lo cree usted? —inquirió Carlos, al notar la clara reserva en la afirmación de Roger.

—Prefiero no hablar de ello.

—Así, ¿es cierto lo que he notado?

—¿Qué es lo que ha notado?

Roger estaba molesto ante el giro que temaba la conversación, pero no quería cambiar el tema, deseoso de que Carlos comprendiera cuál era la única verdad.

—Que usted y ella se sienten molestos uno en presencia del otro. Usted la trata con una terrible frialdad y ella hace lo mismo con usted, ignorando, en muchas ocasiones, incluso su presencia.

—Es cierto. Pero antes de juzgar permítame que le cuente lo que ocurrió. No quiero que crea que mis palabras quieren dañar a Ruth. Ruth para mí es algo que jamás me atreveré a mancillar y comprendo que no cometió ninguna falta real, aunque para mí fuera un golpe de los que se acusan. Fué en 1939...

Roger hizo confidente de sus pesares a Carlos, inconsciente de lo que hablaba. Incapaz de seguir aguantando sus dudas expuso al español, lisa y claramente, todo cuanto ocurriera entre él y Ruth.

Carlos escuchó con atención, mientras su boca se curvaba en una sonrisa comprensiva. Después de oír a Roger comprendió lo que en realidad había ocurrido entre ambos y comprendió, asimismo, que cada uno se empeñaba en cargar al otro las culpas de un tercero. En su pecho sentía una pena muy honda al comprender que Roger y Ruth se amaban y que vivían el uno para el otro. Pero el español sabía perder y sabía retirarse en el momento oportuno. Si Roger Darcy debía ser la felicidad de Ruth no feria él quien lo impidiera.

CAPÍTULO XIX

RENUNCIA Y NOBLEZA

Perezosamente se deslizaron las horas para los tres desterrados. Nada había que hacer sino era aguardar y dar algunos cortos paseos.

El recelo latente entre Ruth y Roger más bien aumentaba que disminuía. Aquel convivir continuo, pasando las horas en compañía, no contribuía a disminuir el tenso nerviosismo que ambos sentían, trabándose en ocasiones verdaderas discusiones que Carlos, por todos los medios, procuraba atajar.

Aquella tarde las palabras cambiadas entre Ruth y Roger habían sido más violentas que en otras ocasiones y Roger se sentía profundamente acalorado, molesto por las pullas que Ruth le había dirigido y atónito ante las razones que aportaba la joven y que le hacían sentir una verdadera confusión.

Impulsado por un extraño afán salió al exterior.

Durante un buen rato anduvo sin rumbo fijo, enfrascado en sus desagradables pensamientos. Al fin, cansado, se sentó sobre unas rocas, contemplando con ojos inexpresivos el soberbio espectáculo que se presentaba a su vista.

Un ruido de pasos le sobresaltó, haciéndole salir de su abstracción. A su lado y sonriente como siempre, se hallaba Carlos que, sin pronunciar palabra se sentó junto al inglés.

—¿Molesto? Me doy cuenta de que usted vive unos momentos de verdadero desasosiego y no es éste el estado de ánimo más adecuado a las circunstancias que estamos atravesando.

—Ya lo sé —replicó Roger— pero no puedo sustraerme a ello. La

continua tensión de mis nervios, desde que me veo obligado a convivir con Ruth amenaza acabar con mi dominio.

—Me parece que están llevando las cosas a un punto demasiado dramático. Usted no quiere ceder ni un ápice y ella, asimismo, no quiere doblegarse. Con esta actitud de intransigencia sólo conseguirán empeorar las cosas.

—No —negó Roger—, las cosas no empeorarán. Mi resolución ha sido ya tomada y nada ni nadie podrá impedir que la lleve a cabo. ¡Es preferible cualquier cosa a seguir unas horas viviendo de esta manera!

—¿Y qué piensa hacer? —inquirió Carlos.

—Me marcharé ahora mismo. Voy a internarme en Malasia y me entregaré a los japoneses. Todo es preferible a seguir con esta agonía que amenaza acabar conmigo.

Roger se levantó paseando agitadamente, ante la mirada afectuosa del español.

—Creo que es la mejor solución —siguió monologando el inglés—. Para ustedes y para mí. Ustedes tendrán un mayor número de posibilidades de llegar a un puerto aliado, no llevando consigo a un oficial británico y yo conseguiré librarme definitivamente de la pesadilla de estos últimos días.

—¿Y para esto hemos tenido que huir de Singapur? ¿No era mucho más fácil permanecer allí hasta la llegada de los nipones?

—Es cierto. No sabe usted lo que lamento el haber obrado como lo he hecho. ¡Ojalá hubiera capitulado con los demás! Sería un prisionero, pero no tendría que aguantar este sufrimiento moral que me aniquila.

El español no replicó. Siguió a Roger que, después de sus últimas palabras había tomado el camino de la cabaña y tras él entró en la edificación. Ruth debía estar en su dormitorio ya que no se la veía por ninguna parte. Roger se dirigió al armario donde guardaba su ametrallador y se lo colgó al hombro, ciñéndose los cargadores de munición. Luego, volviéndose a Carlos le tendió la mano, diciéndole:

—De nuevo quiero expresarle mi agradecimiento. Lamento haberle causado tantas molestias con mi absurda manera de ver las cosas. Si alguna vez puedo hacer algo en su obsequio no dude en acudir a mí, si es que... En fin. Adiós.

Carlos estrechó la mano del inglés y reteniéndolo le miró fijamente, mientras le preguntaba:

—Sigue usted enamorado de Ruth, ¿no es eso?

Roger vaciló unos momentos antes de contestar. Sus ojos se fijaron en las pupilas de Carlos y algo que vio en el fondo de aquellos ojos oscuros le impulsó a confesar la verdad.

—Sí. Locamente.

—Siéntese un momento —ordenó el español—. Para huir siempre tendrá tiempo.

Roger se sentó inquieto, preguntándose cuáles serían las intenciones de Carlos. Éste, hablando pausadamente, expuso la realidad de la situación.

—Usted quiere a Ruth y ella le quiere a usted. No crea, me cuesta reconocerlo, puesto que yo me había forjado mis ilusiones y es difícil renunciar. Tal vez si usted no hubiera aparecido por Singapur habría conseguido el cariño de Ruth, pero... es inútil hacer cábalas de lo que hubiera podido ocurrir.

El español hizo una pausa mientras ofrecía un cigarrillo a Roger. Lo encendió sin prisas y luego continuó diciendo:

—Una noche, después de que usted hubo bailado con ella en «The Night», Ruth me hizo una serie de confidencias. No me dijo ningún nombre, pero me habló de usted. Yo, a pesar de que sólo le había visto a usted una vez, comprendí enseguida a quién aludía. Me habló de la ingratitud de un hombre que le había hecho concebir, esperanzas y que luego le había abandonado sin una sola palabra de explicación. Me habló...

—¿Cómo pudo decirle esto? —interrumpió bruscamente Roger—. Fué ella la que se negó a contestar a mis cartas y telegramas.

—¿No ha pensado usted que tal vez no las recibiera jamás?

—Pero esto es absurdo. Podía perderse una...

—O podían interceptarse todas —insinuó Carlos.

—¿Qué quiere decir con esto?

—La verdad de lo que ocurrió.

Roger estuvo unos momentos pensativo. A su cerebro acudió el recuerdo de su madre y la oposición que siempre había puesto a sus relaciones con Ruth y, por un instante, vislumbró la verdad. Sin embargo, no podía, en un momento dado, olvidar todos sus recelos y aceptar las palabras del español, a pesar de que deseaba, con toda

la intensidad de su alma, creer en su veracidad.

—No puedo creerlo —dijo dubitativo.

—No le pido que crea en mis palabras. Nunca he mentido, pero ahora no estriba en mi sinceridad sino en la de ella. —Carlos dio una larga chupada a su cigarrillo añadiendo—: De todas maneras creo poder convencerle ya que existe una prueba.

—¿Una prueba? —gritó Roger sin poderse contener—. ¡Dígamela!

—No debería hacerlo. El amor, según mi opinión, debe basarse exclusivamente en la fe mutua, pero llegadas las cosas a este extremo creo es mi deber ponerlo todo en claro.

Roger asintió en silencio, un tanto avergonzado ante las palabras de Carlos.

—¿Usted recuerda lo que manifestó su señora madre respecto a la indemnización que le pidió Ruth?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Fué la puntilla para mi desengaño.

—Exacto. Pero ¿qué creería si Ruth no hubiera cobrado el cheque?

Roger no contestó a una pregunta tan obvia.

—Sólo cabría una solución —siguió diciendo Carlos—. Y es que a Ruth se le dijo que era usted el que había jugado con ella.

Carlos se levantó y abandonó a Roger sumido en sus meditaciones, dejándole digerir sus últimas palabras. Cuando volvió exhibió, triunfalmente, el azulado documento en que campeaba la firma de *mistress* Darcy. Roger le cogió entre sus manos leyéndolo con avidez. Al fin habló para sí, pero en voz alta.

—¡He sido un estúpido!

Carlos asintió sonriendo y Roger llevado por un reflejo de espontánea gratitud estrechó con enorme vigor la mano del español, mientras decía:

—Otra cosa que tengo que agradecerle.

Luego giró sobre sí mismo y se dirigió hacia la habitación de Ruth. Carlos le oyó llamar a la puerta y les vio salir al exterior.

El español sonreía amargamente. En sus ojos brillaba una pena inmensa ante la gravedad de su renuncia, pero a pesar de ello sentía en su interior una gran alegría al haber conseguido llevar la paz a dos almas que se amaban.

Cuando al cabo de dos horas Ruth y Roger regresaron no le fué preciso a Carlos preguntar nada, ya que en sus rostros se reflejaba la felicidad más infinita.

CAPÍTULO XX

SACRIFICIO

Aquella misma noche llegó un nativo de la aldea comunicando a Carlos algo que le hizo fruncir el ceño. Ruth y Roger le contemplaban en silencio, incapaces de comprender las palabras del indígena que iban acompañadas de grandes gesticulaciones. Cuando el malayo se fué, Carlos con grave semblante avanzó hasta los dos ingleses y con voz, en que se reflejaba la preocupación, les comunicó el mensaje transmitido por el malayo.

—Según parece —dijo— alguien nos ha visto y ha contado a los japoneses nuestra presencia aquí. Una patrulla nipona viene hacia acá. Según la opinión de nuestro informador no tardarán más de cinco minutos en llegar.

Roger se puso en pie de un salto, mientras, agarraba entre sus manos el ametrallador y colocaba una carga en el arma.

—¿Qué hacemos? —dijo.

—Cumplir nuestro plan. No pierdan tiempo. Usted y Ruth vayan corriendo al balandro y pongan el motor en marcha. Yo recibiré a los japoneses.

—No, Carlos —dijo Ruth anhelante—. Debes venir con nosotros. O nos salvamos todos o sucumbimos todos.

—No perdamos el tiempo discutiendo —interrumpió bruscamente Carlos—. Lo que ahora vamos a hacer ya estaba planeado. ¡Andando!

Ruth, suavemente empujada por Roger, se puso en marcha y salió a la oscuridad. Una suave brisa hacía gemir a los árboles al acariciarlos. En el cielo brillaban multitud de estrellas, incapaces,

empero, de suplir la ausencia de la luna.

Roger llevaba el arma preparada. Su oído, atento hasta el máximo, le señaló la presencia de los japoneses que avanzaban hacia la casa. Por unos momentos permaneció indeciso, dudando entre seguir andando hacia el balandro o esperar, oculto entre los árboles, el curso de los acontecimientos. Sólo el temor de malbaratar los planes de Carlos le indujo a seguir su marcha, receloso empero de lo que pudiera ocurrirle al español y dispuesto a correr en su ayuda al menor síntoma de peligro.

Pronto llegaron al balandro y Roger ayudó a subir a Ruth, soltando después todas las amarras excepto una y, bajando a la cámara de máquinas, puso en marcha el motor. Luego se puso en el timón, preparado para desatracar en el momento oportuno. El silencio seguía siendo impresionante y nada lo turbaba. Ruth a su lado contenía la respiración.

Los minutos transcurrían lentamente y ningún sonido que indicara la presencia de los japoneses llegaba hasta ellos. Ruth inquieta, dijo en voz baja:

—Es terrible; tengo los nervios a punto de saltar.

Roger asintió en silencio. Apenas se veían el uno al otro, sólo el fulgor de sus ojos destacaba en la oscuridad. El motor seguía funcionando con su ritmo monótono. Pasaron unos minutos más y nada ocurría.

—Creo que Carlos les debe haber engañado —apuntó Roger—. De lo contrario ya habríamos oído el fragor de la lucha.

—Es posible —replicó Ruth, no muy convencida.

Roger meneó la cabeza, inquieto. Las esperanzadoras palabras que pronunciara sonaron falsas a sus propios.

De pronto, escalofriante, llegó un grito que hizo dar un respingo a Roger, mientras Ruth se acurrucaba aún más sobre la borda.

Luego sonó un disparo y luego otro, hasta que llegaron hasta la pareja los estampidos continuados de un fuerte tiroteo. Roger, sin poderse contener, saltó a tierra, mientras esgrimía amenazadoramente el arma.

Nada ocurrió sin embargo. Se restableció el silencio y la tensión se hizo insoportable. Roger se inclinó hacia Ruth, diciéndole en un susurro:

—Tengo que ir a ver qué ocurre.

—Voy contigo. —Ruth saltó ligeramente a tierra y ambos empezaron a avanzar hacia la cabaña, procurando no hacer ruido.

Nuevos disparos sonaron en la noche, lo que hizo exhalar un suspiro de alivio a Roger ya que los disparos denotaban que Carlos aún resistía.

Bruscamente se abrió la puerta de la choza y Carlos, corriendo desesperadamente, se dirigió en dirección a la cala, mientras varios japoneses, apostados alrededor de la cabaña, abrían fuego contra él. Roger, dándose cuenta de la situación retrocedió velozmente, junto con Ruth, hasta el balandro, subiendo a bordo y esperando la llegada del bravo español.

Una súbita claridad iluminó el espacio. Unas bengalas lanzadas por los japoneses, descendían suavemente en paracaídas del firmamento, bañando de luz los borrosos contornos de la cala.

Roger apoyó el cañón de su arma contra la borda, mientras de un hábil golpe de timón, ponía la proa de la embarcación hacia la salida, y aceleraba levemente el motor.

Y entonces apareció Carlos. Retrocedía dando saltos y disparando sin cesar contra sus perseguidores que, en gran número, intentaban rodearle. En aquel momento los japoneses se dieron cuenta de la presencia de la embarcación y gritando salvajemente empezaron a disparar contra ella. Roger empujó a Ruth haciéndola caer sobre cubierta, en el preciso instante que varias balas se incrustaban en la borda.

Carlos, cada vez más cerca, disparaba una y otra vez con mortífera puntería. Empuñaba un revólver de gran calibre y sus disparos daban casi siempre en el blanco elegido.

Le faltaban escasamente unos veinte metros para llegar a la cala. Roger contemplaba ansioso las progresiones de su amigo y, cuando algún japonés se ponía a tiro, disparaba su ametrallador, enviándole una ráfaga de balas.

Carlos gritando para hacerse entender se dirigió a Roger. Sus palabras sonaron desagradablemente en los oídos del capitán inglés, comprendiendo su terrible significado.

—Deben huir. Aprovechen este momento o luego será demasiado tarde. Yo cubriré su retirada hasta que pueda.

—No —vociferó Roger, mientras soltaba una ráfaga contra un japonés más atrevido que los demás que se dobló sobre sí mismo al

recibir la rociada de plomo.

—¡Deben huir! —repitió Carlos, mientras cargaba nuevamente su arma.

—¡Jamás! Moriremos juntos o juntos nos salvaremos.

—Hay que ver lo terco que es usted —gritó el español mientras retrocedía unos metros más y se agazapaba tras una roca.

Roger sonrió mientras ponía un nuevo cargador a su arma.

Una bala se incrustó en la borda, escasamente a veinte centímetros de donde él se encontraba, pero el inglés ni siquiera se dio cuenta, interesado en las maniobras de Carlos.

—Bien —dijo éste—, usted ha ganado. Acelere el motor. Voy a saltar.

Roger dio gas y el rugido del motor creció, mientras la embarcación empezaba a temblar, ansiosa de hacerse a la mar.

Carlos dio un nuevo salto y penetró en el balandro. Roger, preparado ya, soltó la amarra y el balandro empezó a alejarse de la orilla, entre los disparos de los japoneses.

—Mantenga firme el timón —ordenó el español, mientras encendía un potente foco para alumbrar el camino—. Yo me ocuparé de seguir disparando.

Roger agarró el volante con firmeza y fijó sus ojos al frente, pendiente de la delicada maniobra, lo que le impidió ver que Carlos, aprovechando que el balandro pasaba rozando a la orilla saltaba de nuevo a tierra.

—¡Para, Roger, por Dios! —gritó Ruth al contemplar la acción de Carlos.

Roger oyó las palabras de Ruth, pero no pudo hacer nada. La embarcación pasaba entonces entre dos enormes rocas y no cabía pensar siquiera en virar ni retroceder. Sin separar la vista del frente preguntó angustiado:

—¿Qué ocurre, Ruth?

—Carlos se ha quedado en tierra —sollozó la muchacha.

Roger apretó las mandíbulas con rabia. Sus manos se crisparon sobre el volante y por unos momentos estuvo a punto de encallar la nave contra la roca, para saltar a tierra y seguir luchando hasta la muerte, codo a codo con el español, pero la presencia de Ruth le contuvo.

—¡Que tengan suerte, queridos amigos!

Las palabras de Carlos llegaron distintamente hasta los oídos de los fugitivos y Roger se estremeció.

—Era imprescindible que uno se quedara atrás defendiendo este sendero —siguió diciendo el español, parapetado tras una roca, encima mismo de donde pasaba el balandro—. De lo contrario jamás, hubiéramos podido ganar el mar libre ya que es forzoso andar despacio y nos hubieran acribillado desde aquí.

Ruth sollozaba quedamente mientras oía las palabras de Carlos, y Roger, con el rostro demudado, seguía mirando al frente, apretadas las mandíbulas para contener su dolor.

—¡Buena suerte!

La voz de Carlos llegó muy lejana y casi inaudible a los oídos de los fugitivos. Luego se oyeron nuevos disparos, apagados por la distancia y el balandro ganó el mar libre, poniendo proa a Java.

Ruth se acercó a Roger con los ojos llenos de lágrimas. Éste, manteniendo el rumbo con una mano, pasó el brazo libre por encima de los hombros de la mujer querida, mientras murmuraba:

—Era un valiente y como a tal ha muerto.

Ruth asintió, incapaz de contener sus sollozos.

—Nunca podremos olvidar, por muchos años que vivamos, su sacrificio heroico. ¡Que Dios le tenga en su seno!

EPÍLOGO

Hubieron de transcurrir tres años de lucha incesante antes de que los ingleses pudieran volver a Singapur. Cuando las tropas de ocupación desembarcaron en la isla, el Japón había perdido ya la guerra.

El mayor Roger Darcy, al frente de su batallón, desfilaba por las calles de la ciudad entre las aclamaciones de sus habitantes. Roger miraba con ojos llenos de alegría las familiares construcciones de Singapur. Nada parecía haber cambiado en aquellos años. Los bombardeos habían destruido algunos edificios, pero Singapur seguía siendo aquella capital tan recordada.

Cuando pasaron por delante del hotel donde en un tiempo se aposentara Ruth, Roger miró su suntuosa fachada, mientras mil recuerdos se agolpaban en su mente.

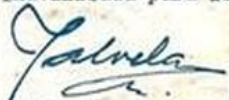
Ruth... Pronto llegaría a Singapur para desposarse con él. El mayor Roger Darcy sonrió ante tal pensamiento y, volviendo la cabeza, contempló nuevamente la fachada del suntuoso hotel.

El paso rítmico de los soldados sonaba agradablemente a sus oídos. Todo había terminado ya. La guerra había dejado de ser aquella terrible pesadilla que, durante años, había ensombrecido el firmamento de su dicha. Ruth vendría pronto a Singapur. La felicidad le sonreía, al alcance de su mano. Y todo debía agradecérselo a un hombre.

A un español, Carlos Aguilar, que supo llegar hasta el sacrificio para que él y Ruth pudieran ser felices.

FIN

Suomussalmi, 12.-En el día de hoy tras reñida lucha sobre los lagos helados y a través de la nieve, los grupos de esquiadores de esta brigada a mi mando, han conseguido los objetivos que les fueron señalados. Las dos divisiones rusas que avanzaban sobre la ciudad de Suomussalmi, con ánimo de cortar en dos el país, fueron detenidas en su marcha. Mientras el grueso de la brigada combatía en el sector norte, donde la presión enemiga parecía mas fuerte, un batallón apoyado por fuerzas de guardias cívicos salió a detener a las fuerzas que avanzaban por el sector sur. Estas últimas consiguieron su objetivo a fuerza de grandes sacrificios. Las fuerzas del norte, bajo mi mando inmediato atacaron por cuatro direcciones a la división rusa, y tras varios días de lucha incesante consiguieron arrollarla, obligando a sus supervivientes a emprender el regreso hacia la frontera. Luego, sin apenas un descanso, cruzaron los bosques y los caminos nevados, dirigiéndose, en una marcha rápida sobre sus esquís durante varios días, hacia los lugares donde se encontraba la segunda división rusa. Las fuerzas de cobertura habían conseguido desviar el avance enemigo. Reunida toda la brigada, se consiguió fijar la división rusa en un llano, donde se les cercó, inmovilizando y aunque continúa el cerco de la división adversaria ésta puede considerarse ya inutilizada para la lucha.



(Firmado: Talvela)

No deje de adquirir el próximo volumen titulado:

"Los esquiadores de SUOMUSSALMI"

Notas

[1] Los ataques fueron en realidad simultáneos si tenemos en cuenta la diferencia horaria. Las primeras horas del 8 de diciembre en Oriente equivalen a las últimas de la tarde del día 7 en Inglaterra.

< <

[2] Singapur es una de las más importantes ciudades de oriente. Su población sobrepasa el millón de habitantes y tiene espléndidas avenidas de arquitectura moderna Es uno de los puertos de más tráfico del Pacífico y la base naval más importante de la escuadra inglesa en aquellas latitudes. < <

[3] En el año 1921 Inglaterra decidió construir una base naval en Singapur, para aprovechar hasta el máximo la magnífica situación de la isla. Las obras se iniciaron, rápidamente modernizándose posteriormente en, 1933, con la construcción de dos aeródromos adicionales al primero construido. Sus fortificaciones, excavadas en la roca viva, y su terrible artillería naval (algunos cañones de 456 mm.)

hizo que fuera llamada el Gibraltar en Oriente. < <

[4] El estrecho de Johore en muchos puntos es de anchura inferior a los 500 m.

< <

[5] El citado viaducto sustentaba varias pistas y una vía férrea. < <

[6] Las tropas que se reunieron para la defensa de Singapur, ascendían a más de 100 000 hombres, de los cuales 33 000 eran británicos y 17 000 australianos, correspondiendo, el resto a tropas coloniales. Los efectivos humanos japoneses en la península de Malaca eran equivalentes a unas seis divisiones en vanguardia y seis en camino, habiendo por tanto, ligera superioridad británica. < <

[7] El temiente aludido era James Kingson, de las Reales Fuerzas Australianas. Se había distinguido en la lucha en Malaca y tenía varias condecoraciones. < <

[8] El parte era: Anoche el enemigo desembarcó en gran número en la costa oeste y ha hecho una penetración de unas cinco millas. El aeródromo de Tengah está en sus manos. La Brigada Australiana ha sufrido cuantiosas bajas. El avance ha sido paralizado temporalmente empleando reservas, pero la situación es grave, sin lugar a dudas, habida cuenta del extensísimo litoral que tenemos que cubrir. He hecho planes para concentrar fuerzas frente a Singapur. < <

[9] El Primer Ministro Británico dictó la siguiente consigna, con referencia a la defensa de Singapur: «Al punto que hemos llegado no hay que pensar ni en ahorrar tropas ni en preservar a la población. La batalla ha de librarse hasta el fin, cueste lo que cueste. La 18 División puede hacer pasar su nombre a la historia. Los comandantes y oficiales superiores han de morir con sus hombres. El honor del Imperio y del Ejército británicos están en juego». (Textual). < <

[10] Los tres embalses eran: El de Soletar, el de Peirce y el de Mae Ritchie. < <

[11] A pesar de su configuración montañosa los montes más altos de Singapur no excedían de los cien metros. Los embalses estaban situados entre las colinas de Bukit Pamjau y Bukit Ulu Mandi, ambas de

100 m.

de altitud. En el sur y entre los docks y la ciudad se alzaba el Monte Faber.

(100 m).

< <

[12] El día 13 de febrero fueron, efectivamente, evacuados unos tres mil individuos seleccionados, entre ellos el vicemariscal del aire Pulford y el contralmirante Spooner, jefes hasta entonces de las fuerzas navales y aéreas de Singapur. < <

[13] En un radio de tres millas se hacinaban tres millones de personas, de las cuales
90 000
eran soldados regulares. < <

[14] Wawell, al regreso de su último viaje a Singapur, sufrió una grave caída, rompiéndose unos huesecillos de la espalda. < <

[15] El telegrama decía: «Debido a las pérdidas sufridas por acción enemiga, el agua, la gasolina, los víveres y las municiones prácticamente acabados. Por lo tanto, impotente para continuar la lucha. Todos los hombres han cumplido como mejor han sabido y le agradecen su ayuda. Percival». < <

[16] En efecto. Del total de 80 naves pequeñas que zarparon de Singapur el 13 de febrero casi todas fueron hundidas o capturadas por los japoneses. < <